

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

SIEMPRE ESTAMOS MURIENDO

Lou Carrigan



En principio, la muchacha parecía un ser afortunado, porque había conseguido estacionar su coche nada menos que allí mismo, en Promenade des Anglais, lo cual no era poco si se considera que es, prácticamente, la vía de más circulación en Niza.

Luego, había ido a sentarse a una mesita de la terraza del café La Fleur, y allá había pedido agua tónica. Para cuando se la sirvieron, cualquier observador medianamente atento ya tenía que haberse dado cuenta de que la muchacha estaba con los nervios tensos, preocupada. Más aún: angustiada.

Y muy pálida.

Lástima, porque era un encanto.



Lou Carrigan

Siempre estamos muriendo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1436

ePub r1.0

Lds 30.11.18

Título original: *Siempre estamos muriendo*

Lou Carrigan, 1978

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

En principio, la muchacha parecía un ser afortunado, porque había conseguido estacionar su coche nada menos que allí mismo, en Promenade des Anglais, lo cual no era poco si se considera que es, prácticamente, la vía de más circulación en Niza.

Luego, había ido a sentarse a una mesita de la terraza del café La Fleur, y allá había pedido agua tónica. Para cuando se la sirvieron, cualquier observador medianamente atento ya tenía que haberse dado cuenta de que la muchacha estaba con los nervios tensos, preocupada. Más aún: angustiada.

Y muy pálida.

Lástima, porque era un encanto.

Sus ojos tenían un sorprendente color dorado, como sus cabellos; unos ojos grandes, muy hermosos e inteligentes. Su boquita era un dulce dibujo entre la fina barbilla y la naricilla un tanto respingona. En cuanto al tipo, quizá resultaba un tanto delgada, pero en conjunto, eso daba elegancia a sus bonitas formas.

Un encanto.

En otra mesa un poco más allá, había un tipo que así parecía considerarlo, y con toda razón. Un sujeto alto, rubiales, de ojos grises, mentón agresivo, y hombros de gimnasta, amplios, redondos, sólidos. Lo más notable de él era la expresión de sus ojos y el gesto de su boca grande y fina, de labios ondulados en una sonrisa maliciosa... En verdad, tenía todo el aspecto de un granuja simpático.

En cuanto a lo de granuja, quizá fuese una definición un tanto precipitada. Pero lo que sí quedó bien establecido era que el sujeto rubiales era todo un caradura.

Durante un par de minutos estuvo mirando a la muchacha, con

gran atención. Parecía ser de los que, en efecto, eran cuando menos medianamente atentos, porque, de pronto, se levantó, fue a la mesa de la muchacha, y, sin más, se sentó al otro lado, frente a frente con ella.

—¿Qué tal? —dijo con simpática desenvoltura.

La muchacha había respingado, y lo estaba mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Qué... qué... qué quiere? —tartamudeó.

—Oiga, no se me asuste, encanto —se sorprendió él—. Aquí donde me ve, soy precisamente el buen samaritano.

—¿El buen... qué?

—El buen samaritano, o algo así. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿A mi...? En nada... ¡Haga el favor de no molestar!

—Vamos, vamos, querubín. Pero si tiene una carita de miedo que da no sé qué verla. Además, está muy pálida... Parece como si fuese a desmayarse de un momento a otro Pero no se preocupe: aquí está el buen Jacques, para ayudarla.

—No necesito su ayuda... Váyase, por favor.

—Mire, no me gusta nada su cara, ¿sabe? Bueno, entiéndame: me refiero al color que tiene, y hasta está un poco... desencajada. Por lo demás, me gusta mucho, porque usted es una preciosidad... Vaya, lo dice el buen Jacques, que de esto entiende un rato... Usted es todo un pimpollo de veras.

—Si no deja usted de molestarme...

—¿Molestarla? —Frunció el ceño el buen Jacques—. Oiga, nena, que estoy intentando hacer mi obra buena del día, ¿se entera? Usted está malita, se nota enseguida, y le ofrezco ayuda... ¿Eso es molestarla? Yo creo... —Quedó un instante pensativo—. Sí, yo creo que lo que tiene que hacer usted es descansar, tenderse un rato... ¿Conoce la pensión Marie?

—No... No.

El buen Jacques hizo una mueca, como recordando algo que no era muy de su agrado.

—Bueno —masculló—, la verdad es que no se trata precisamente de un palacio, pero... en alguna parte hay que vivir. Son las cosas de la vida, ¿no le parece? Un día tiene uno los bolsillos llenos de billetes, y otro día se pregunta si alguna vez realmente ha visto un cochino billete de diez francos. ¿Comprende?

—Pu... pues... no. No, lo siento.

—Vaya, ya se lo explicaré. Lo que estaba proponiéndole era que se viniese usted conmigo.

—¿Adónde? —Se asombró la muchacha.

—A la pensión Marie, hijita, naturalmente. Es un cuarto más bien pequeñito, no demasiado limpio, pero casi resulta alegre. Y tengo allá una estupenda cama.

La muchacha pasó de la palidez a un súbito, vio lento sonrojo, más bien de ira que de otra cosa.

—¡Oiga usted!

—Calma, calma —movió él apaciguadoramente las manos—. No me ha entendido usted, pimplito. Desde ahora mismo le digo que no tiene usted cara de... de eso, ¿comprende? Oiga, el buen Jacques tiene mucho ojo para estas cosas, nena, así que para mí, usted es princesa de cuento de hadas, o algo así. De modo que lo que yo le estaba proponiendo era que se acostase un ratito a descansar, después de tomar algo... ¿Estamos entendidos ahora, princesa?

La muchacha estaba estupefacta. Parecía no saber ya qué decir, pero, de pronto, su mirada se posó en dos hombres que habían llegado al pie de la terraza, y que, un poco retirados, miraban hacia su mesa, con el ceño fruncido, expectantes, esperando.

La muchacha tragó saliva, y volvió a mirar al buen Jacques.

—Mire, señor —susurró—, le agradezco mucho sus... buenas intenciones, pero estaba esperando a dos amigos... que precisamente acaban de llegar.

Jacques miró hacia donde estaban los otros dos hombres, frunció el ceño, miró atentamente a la muchacha, encogió los hombros, y se puso en pie.

—Bueno —gruñó—, usted se lo pierde, princesa.

Se bebió de un trago el agua tónica que quedaba en el vaso de la muchacha, y volvió a su mesa, tan campante, Mientras tanto, la muchacha había hecho una levísima seña a los dos hombres, que se acercaron. Quedaron ante su mesa, mirándola atentamente. Uno de ellos señaló de pronto el rojo paraguas plegable que había sobre la mesa, junto al bolso de la muchacha.

—¿Es suyo este paraguas, señorita? —preguntó.

—Sí, sí, sí... Por favor, siéntese.

Lo hicieron los dos. El camarero se había acercado. Ambos

pidieron café, uno de ellos encendió un cigarrillo mirando hacia el buen Jacques, y preguntó:

—¿Quién es ese hombre? ¿Amigo de usted?

—No... No.

—¿No? Si no hemos visto mal, se ha bebido su agua, señorita Dubré. Y estaba conversando muy animadamente con usted.

—No lo había visto nunca... ¡De verdad, nunca!

—Sorprendente. ¿Qué hablaban, entonces?

—El me... me estaba proponiendo que... que... Bueno...

—Oh, ya —sonrió secamente el otro—. El clásico sinvergüenza, ¿no es así?

—Supongo que sí... No sé.

—Esperamos de usted que no nos venga con jugadas extrañas, señorita Dubré. Si la entrevista ha de comenzar con mentiras, francamente, no le aseguramos que lleguemos a entendernos. Para que lleguemos a un acuerdo satisfactorio, usted deberá ser sincera en todo momento. Lo contrario, tal como están las cosas, no tendría sentido.

—Ya... ya lo sé.

—*Okay*. ¿Conoce o no conoce a ese tipo?

—Ya les he dicho que no.

—De acuerdo. ¿Todo va bien, entonces? ¿Podemos...?

—Bueno... De verdad que no conozco a Jacques, pero...

—¿A quién?

—A Jacques —ella señaló imperceptiblemente con la barbilla al buen Jacques, que miraba hacia el cielo como esperando ver acercarse a la Tierra el paliducho sol de la tarde—. El se llama así, me lo ha dicho.

—¿Y por qué tenía que decírselo?

Charlotte Dubré se retorció las manos, cada vez más angustiada.

—Escuchen —se crispó su voz—, les estoy diciendo la verdad; nunca le había visto, no sé nada de él, es un caradura, simplemente, y...

—De acuerdo, de acuerdo. Tranquilícese. ¿Qué iba a decirnos?

—Pues precisamente, que si bien no conozco a Jacques, sí conozco a otros dos hombres que nos están observando. Ellos... me han estado siguiendo desde que llegué a Niza, prácticamente. No sé cómo lo consiguieron, pero me localizaron enseguida. Yo supongo

que desde París les avisaron de que yo venía hacia aquí en el vuelo 128, y...

—De eso entendemos un poco... —sonrió prietamente el del cigarrillo—. No se moleste en darnos explicaciones. ¿Qué sujetos son éstos? ¿Dónde están?

—A... mi izquierda, casi a mi espalda. Se sentaron ahí después de sentarme yo aquí. Me han estado siguiendo, estoy segura.

—Podemos admitir perfectamente que no se equivoca... Lo cierto es que hay un gran interés internacional en encontrar a su padre, señorita Dubré. ¿Lo sabía usted?

—Bueno, yo...

—¿Dónde está él?

—Pues... Oh, quisiera... estar segura de que ustedes... son ustedes. O sea, que son...

El del cigarrillo sacó algo, que mostró breve y discretamente a Charlotte.

—Ésta es mi placa. Si cree que yo me atrevería a hacerme pasar por un agente del FBI, es que me considera un loco, aunque esa usurpación la realizase en Francia y no en Estados Unidos. Así que, señorita Dubré, no tenga la menor duda de que ambos pertenecemos al Federal Bureau of Investigation. Somos los agentes Forrest —señaló a su compañero, y luego a sí mismo— y Brandon, especialmente desplazados desde París para atenderla a usted. ¿Alguna duda?

—No. No. Perdonen que...

—Olvídelo. Hace bien en querer asegurarse de las cosas. Y nosotros vamos a hacer lo mismo, vamos a dejarlo todo bien claro enseguida para que nuestra conversación no se pierda por derroteros imprecisos. Al grano, señorita Dubré. Veamos, hace unos días, su padre de usted, Maurice Dubré, consiguió ponerse en contacto telefónico con nuestra oficina en París, concertando una cita... Una cita a la que no acudió, pese a que aseguró que era importantísimo. Cosa que no nos sorprende, ya que hace tiempo que tenemos ciertos informes sobre la personalidad de su padre...

—¿Qué... qué informes?

Brandon miró un tanto hoscamente a la muchacha.

—Bueno, señorita Dubré, me pregunto si usted no sabe a qué se dedica su padre, o bien quiere saber si nosotros lo sabemos. Si es el

primer caso, quizá deberíamos no sobresaltarla informándola respecto a esas... actividades paternas Si es el segundo caso, está usted perdiendo el tiempo, porque actualmente, no sólo nosotros, sino... digamos todos los sistemas policiales de Europa están enterados, por fin, de quién es Maurice Dubré y a qué se ha estado dedicando... La voz ha corrido rápidamente.

—Demasiado rápidamente —gimió Charlotte.

—¿Qué quiere decir?

—Yo... yo sí sé a qué se ha estado dedicando mí padre, señor Brandon. ¡Pero lo sé hace muy poco!

—¿Muy poco? ¿Cuánto? —intervino Forrest.

—Apenas una semana... No me miren así —captó la mirada un tanto dura y sarcástica de los dos agentes del FBI de la *postliaison* de París—. Les aseguro que estoy diciendo la verdad.

El gesto de los

G-men

se dulcificó un poco.

—Realmente —murmuró Brandon—. No tenemos por qué dudar de eso, señorita Dubré, así que... perdónenos. Muy bien, hasta hace una semana, usted no sabía a qué se dedicaba su padre. Pero ahora, sí lo sabe... ¿Quién le ha informado?

—Mi padre... El mismo me lo dijo, antes de que nos separásemos en París cuando él tuvo que escapar para que no le matasen. Yo no... no sé qué sentí... Fue un golpe muy duro para mí. Siempre había pensado que papá era un buen químico, simplemente, que se ganaba bien la vida...

—¿Y no es un químico? —Alzó las cejas Forrest.

—Oh, sí... ¡Y muy bueno, eso me consta! Pero... sus actividades durante estos últimos años... Bueno, sí, han estado dentro de la química, desde luego, pero... Yo creí que iba a morirme cuando me lo dijo.

—Afortunadamente —sonrió Brandon— no se ha muerto. Y naturalmente, está dispuesta a ayudar a su padre.

—Naturalmente. No me importa lo que haya hecho, eso es cuenta de la ley...

—Sin duda alguna, señorita Dubré. Y debo advertirla que la ley no es precisamente blanda en Estados Unidos con las personas que, de un modo u otro, se dedican al tráfico de narcóticos.

—¡Pero mi padre no...!

—Espere. Sabemos muy bien que él no ha intervenido... de modo directo en este asunto. Es decir, no se ha dedicado a distribuir drogas, ni a transportarlas y cosas así. Sencillamente, él las ha estado... manipulando. Digamos, para dejar las cosas bien claras en todo momento, que su padre es uno de los más importantes químicos de cierta organización poderosísima que trabaja en Europa. Desde el Medio Oriente, y todo el Sur de Asia, llegan drogas a Europa, eso lo sabe todo el mundo. Y esas drogas son... manipuladas, como ya he dicho, en laboratorios europeos, a fin de... alargarlas, de obtener más rendimiento de ellas. Son adulteradas y preparadas para su consumo. En muchas ocasiones, la Interpol o directamente las policías de los países europeos, consiguen anular algunas de esas vías de distribución, de venta, e incluso han localizado no pocos laboratorios. Muy bien. Sin embargo, nos consta que existe una organización de cuya potencia no podemos dudar considerando la gran cantidad de estupefacientes que continúan llegando a Estados Unidos, principalmente, por tres rutas: Miami, Nueva York y la frontera canadiense. ¿Sabe usted qué porcentaje se ha calculado que envía esa organización a Estados Unidos?

—No... No.

—El setenta por ciento de su... manipulación en los laboratorios de Europa. ¿Se da cuenta de la importancia de ese tráfico?

—Yo no... no entiendo de esto, señor Brandon.

—Está bien. Pero espero que sí entienda esta pregunta: ¿su padre quiere entregarse al FBI?

—Sí, sí... Por eso los llamó en París, pero luego tuvo que escapar...

—Toda esa parte la hemos entendido. El escapó, usted se quedó el tiempo suficiente para llamarnos siguiendo sus indicaciones, y quedamos en vernos en Niza, café La Fleur, hoy a esta hora. Gracias por haber venido. Y como mayor agradecimiento, le diré..., le repetiré que la ley es dura en Estados Unidos con estos asuntos. Sin embargo, su padre pretende entregarse a los americanos... ¿Por qué?

—Porque... porque confía más en ustedes que en las demás policías...

—Agradecidísimos... —sonrió secamente Forrest—. Pero le insistimos en que la ley no será blanda con su padre. Claro que... habrá que tener en cuenta ciertos atenuantes, señorita Dubré.

—¿Qué atenuantes?

—Bien... He aquí otra de nuestras preguntas: ¿porqué su padre ha decidido abandonar su trabajo?

—Está arrepentido. Dice que... que quiere pagar su deuda como sea, y luego... vivir en paz. Yo... yo...

A Charlotte Dubré se le hizo un nudo en la garganta, y no pudo seguir hablando. Brandon y Forrest cambiaron una mirada, y luego se quedaron contemplando, un poco inquietos, las lágrimas que habían aparecido en los ojos de la muchacha...

—Esto... Ejem... Vaya, eso es algo que se tendrá en cuenta, sin duda alguna, señorita Dubré.

—¿De verdad? —Ella los miró vivamente, abriendo tanto los ojos que las dos lágrimas se deslizaron por las mejillas—. ¡Les juro que mi padre está verdaderamente arrepentido, que él...!

—Princesa: ¿por qué llora? ¿La molestan estos dos cabezudos?

Los tres se quedaron mirando atónitos al buen Jacques, que se había acercado presurosamente, y contemplaba con expresión asesina a los dos agentes del FBI. Forrest comenzó a ponerse en pie, pero Brandon lo sujetó por un brazo, impidiéndoselo.

—Calma, John —susurró; luego se dirigió con tono sosegado, amable, al buen Jacques—: Mire, señor, se está usted metiendo en lo que no le importa. Sea tan amable de retirarse.

—¿Retirarme cuando dos matones están haciendo llorar a una niña? —Jacques apretó los puños—. ¡O dejan de molestarla ahora mismo, o...!

—No... no me están molestando —tartamudeó Charlotte, aterrada porque todos miraban hacia allí—. Por favor, *monsieur Jacques*, retírese, se lo suplico.

—¡Yo no me retiro nunca! ¡Estos tipos matones que...! ¡*Sacre, bon Dieu!* ¡Me han encontrado!

Le vieron mirar hacía el borde de la acera, con los ojos muy abiertos, la expresión acorralada, y, de pronto, con un salto absolutamente fantástico por encima de la mesa, echar a correr hacia un extremo de la terraza.

Los dos

G-men

y la muchacha habían visto ya, en el borde de la acera, caminando hacia allí, a dos sujetos de rostros torvos, gesto huraño, acercándose, fija su mirada en el buen Jacques. Cosa que no pareció complacer a éste, ya que intentó velocísimamente la huida... Pero, en el extremo de la terraza apareció otro hombre, igualmente huraño, fija su mirada en Jacques..., y llevando la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta.

Fue como si delante del buen Jacques hubiesen puesto un muro contra el cual chocó, tan en seco se detuvo. Dio de nuevo la vuelta, vio a los dos primeros, uno de los cuales se dirigía hacia el extremo opuesto de la terraza, siempre mirando fijamente, pero sin duda alguna sabiendo muy bien dónde ponía los pies y lo que estaba haciendo, pues, debido a su maniobra, Jacques quedó metido en el centro de un semicírculo.

Imposible escapar.

A menos que se tuviera una especialísima habilidad para ello, claro.

Lo que hizo Jacques fue echar a correr hacia el interior del café, desapareciendo de la vista de todos.

—¡Gastón! —gritó el hombre del centro—. ¡Quédate afuera, por si se las da de listo, ya le conoces! ¡Marcel, tú y yo vamos a por él adentro!

Evidentemente, les importaba un pepino la presencia de otras personas. Iban a cazar a Jacques, y los demás les tenían sin cuidado. Así que, mientras el llamado Gastón se apresuraba a ocupar la puerta del café, los otros dos entraban precipitadamente, mirando a todos lados...

—¿Qué demonios pasa aquí? —masculló Brandon.

Su mirada, desconfiada, fue hacia los dos hombres que, según Charlotte, se dedicaban a seguirla, a vigilarla. Pero aquellos dos hombres estaban tan asombrados como ellos mismos; al menos, en principio, porque enseguida, su desconfiada mirada fue hacia los dos hombres que habían estado conversando con la muchacha. Desconfianza y desconcierto mutuos, por supuesto.

Forrest comenzó a ponerse en pie.

—Será mejor que nos march...

De pronto, en la puerta del café, apareció un sujeto con el

paraguas ya abierto, acercándose al llamado Gastón, que ni siquiera tuvo tiempo de desconfiar... El hombre que llevaba el paraguas se acercó a él, lo movió un poco, y, justo cuando todos veían el rostro del buen Jacques, éste lanzaba un zurdazo que acertó a Gastón en pleno estómago. Un puñetazo espantoso, que hizo caer de rodillas a Gastón..., momento que aprovechó Jacques para cerrarle el paraguas con su cabeza dentro, y echar a correr hacia la acera..., mientras del interior del café, rojos de ira, salían los otros dos.

Para entonces, Jacques había parado gesticulando frenéticamente un taxi, que casi no tuvo que detenerse para que el granuja se metiese dentro. El cristal de la ventanilla de atrás bajó, y la cabeza de Jacques asomó, mientras el taxi seguía alejándose...

—¡Adiós, imbéciles! —gritó festivamente.

Gastón había conseguido ponerse en pie y, quitarse el paraguas cerrado en torno a su cabeza. Debía estar pálido, pero la ira daba a su rostro un densísimo tono rojo.

—¡Estúpido! —le gritó uno de sus amigos—. ¡Vamos al coche, tenemos que alcanzarlo como sea...!

Ante los atónitos y discretísimos espectadores, los tres corrieron, desapareciendo de allí..., y reapareciendo poco después, ya en el coche que había estado estacionado en doble fila un poco más abajo, lanzándolo a toda velocidad detrás del taxi.

CAPÍTULO II

—Apuesto a que no lo atrapan —rió de pronto Brandon.

—Parece escurridizo... —Movi6 afirmativamente la cabeza Forrest, sonriendo—. Y juraría que esos otros ya lo saben.

—Seguro que no es la primera vez que van a por él... Humm... Bien, señorita Dubré, vamos a olvidar eso, no es cuenta nuestra. Volvamos a lo nuestro. ¿D6nde est6bamos?

—No... no sé...

La muchacha se estaba secando los ojos con un pañuelito. Brandon y Forrest esperaron a que terminase, y le sonrieron amistosamente.

—Sí... —dijo Brandon—. Ya recuerdo nuestra siguiente pregunta: ¿cree usted que su padre... colaboraría con nosotros, señorita Dubré?

—Sí, sí... Eso es exactamente lo que quiere él.

—Pero yo no sé si usted me ha entendido —murmuró el federal—. Lo que he querido decir con la palabra «colaborar» es que lo que nosotros esperamos de su padre sería... mucho. Por ejemplo, tendría que decirnos en qué laboratorio ha estado trabajando él, y d6nde se halla; asimismo, tenemos la esperanza de que él conoce otros muchos laboratorios donde se adultera y prepara esa gran cantidad de estupefacientes de los cuales el setenta por ciento va a Estados Unidos... También esperamos que él conozca a muchas personas, sistemas de transporte, envío a Estados Unidos... ¿Usted entiende?

—Sí. Mi padre me pidió que les dijera que él puede poner en manos de ustedes prácticamente a toda la organización, y que los que él no conoce, no serían difíciles de encontrar por ustedes una vez hubiesen detenido a los más importantes jefes.

Forrest y Brandon cambiaron una mirada de mal disimulada alegría, de triunfo.

—Si su padre hace eso —susurró Forrest—, nosotros estamos autorizados a prometerle la más grande clemencia que puede esperar de un tribunal americano, señorita Dubré.

—¿Y eso... qué... qué significa?

—Pues... No sabemos exactamente. Suponemos que quizá las cosas podrían arreglarse con un par de años de prisión..., siempre y cuando la colaboración de su padre así lo mereciese, enténdalo bien. No se trata de que nosotros cacemos a un par de desdichados distribuidores o un par de insignificantes laboratorios, sino toda la organización, tanto en Europa como en Estados Unidos... ¿Comprende, señorita Dubré?

—Sí... Creo que sí. Una información... importante.

—Efectivamente. ¿Y bien?

—Mí padre dispone de esa información, sí.

—Bien... Si todo es tal como nosotros esperamos, incluso cabe la posibilidad de que esos dos años de prisión los cumpliera en libertad provisional, o bajo fianza... Encontraríamos un arreglo... legal, seguramente.

—¿Ni siquiera tendría que estar en la cárcel? —exclamó Charlotte.

—Podría conseguirse, quizá. Eso no lo garantizamos. Lo que sí garantizamos es que el FBI le apoyaría absolutamente. Oh, respecto a esto, creo que la respuesta de usted a una de mis preguntas no me ha... satisfecho del todo. Le pregunté por qué su padre había preferido entregarse a nosotros, a los americanos, y usted ha contestado que confía más en el FBI que en las demás policías... ¿Entendí bien?

—Sí... Sí, sí.

—De nuevo gracias. Pero... ¿por qué? ¿Por qué confía más en nosotros que en cualquier policía europea, e incluso, según entendemos, que en la Interpol?

—Bien, es que... hay muchos hombres que... intentan encontrar a mi padre...

—Sabemos eso —sonrió duramente Forrest—. Tenemos noticias de una... extraña actividad de rastreo en Niza por parte de mucha gente. Hay... movimiento. Es una cosa sutil, que sólo percibimos los

profesionales de nuestro ambiente... Sí... Sabemos que hay mucha gente buscando a su padre, y, como de momento vemos a dos sujetos —señaló con la barbilla hacia los dos que vigilaban a Charlotte—, suponemos que habrá muchos más. Pero no creo que unos tipos como éstos asusten a la policía francesa, por ejemplo.

—Es que... hay policías franceses entre esos hombres. Y suizos, italianos, alemanes...

—Perdone —se pasmó el—

G-man

. ¿Qué quiere usted decir?

—Mi... mi padre me dijo que ustedes... comprenderían perfectamente que una organización tan poderosa como la que le ha estado empleando a él no podría subsistir sin una... no menos poderosa ayuda.

—Sí, claro. Ya suponemos... —Forrest se quedó un instante con la boca abierta, de pronto, su gesto se tornó desconfiado y hostil—. Espere: ¿está usted diciendo que esa ayuda con que ha contado la organización provenía de las policías francesa, alemana, italiana, suiza...?

—De ciertos miembros de esas policías, sí, eso es.

—Entonces..., todos estos hombres que están buscando a su padre vigilándola a usted..., ¿son policías de varios países europeos?

—Algunos, sí. Muchos... Son enviados por sus jefes que... que trabajan para la organización, gente corrompida... Pero hay otros que sólo son... asesinos de la organización, enviados directamente por ésta. Mi padre ya me advirtió que ustedes verían las cosas difíciles, pero...

—Un momento —gruñó Brandon—. Nosotros estamos acostumbrados a lo difícil, señorita Dubré, y le aseguro que no nos preocupan lo más mínimo unos cuantos pistoleros profesionales. Respecto a ellos, no necesitamos indicaciones sobre lo que tenemos que hacer... Pero, la presencia de policías italianos, suizos, alemanes, franceses, y posiblemente de otros países europeos que intervienen en esta búsqueda, nos pone en una situación... muy comprometida. Una cosa es que un agente del FBI le meta una bala en el pecho a un asesino a sueldo, en cuyo caso la policía francesa felicita al agente en cuestión, y otra cosa es que el mismo agente,

meta esa bala en el pecho de un policía francés...

—¡Pero sería un policía deshonesto, que...!

—Sí, bueno... ¡Váyase usted con ese cuento a los de la policía francesa, alemana o italiana...!

—¡Pero todos esos hombres son... son funcionarios corrompidos, están aquí para asesinar a mi padre, porque saben que él pretende escapar de Europa, y delatar a la organización...!

Brandon se pasó una mano por la frente.

—Usted no entiende... ¡No podemos enfrentarnos a las policías europeas, señorita Dubré! No importa que sean policías corrompidos... ¿Cómo podríamos demostrar nosotros eso? Lo único que sí se vería bien claro desde un principio sería que habíamos matado o herido a un policía francés, o alemán... ¿No lo comprende? ¡Una cosa es luchar contra asesinos, y otra contra policías...!

Charlotte los miraba a los dos horrorizada.

—¿Quiere decir... que no van a ayudar a mi padre a... a escapar de Niza, de Francia...?

—Por favor, entiéndalo... Ya le digo que sabíamos que había mucho movimiento, pero no sabíamos que íbamos a enfrentarnos a policías europeos, creíamos que serían «todos maleantes...». Tenemos que consultar con París...

—Lo van a matar... ¡Lo encontrarán ellos, mientras tanto, y lo matarán...! ¡No pueden dejarme sola, no pueden abandonarnos ahora, después de que nos hemos puesto en sus manos, de que...!

—Cálmese. Por favor, cálmese. No sé... Desde luego, no podemos tomar decisiones personales en un caso así, pero intentaremos solucionar el asunto... ¿Dónde está su padre?

—En Niza.

—Sí, sí, claro... Ya sabemos que debió llegar aquí huyendo desde París, pero... ¿dónde exactamente de Niza? En cuanto sepamos eso, podemos hacer planes para sacarlo de ahí, de donde sea..., pero no será nada fácil.

—Mi padre me dijo que... que ustedes podían conseguir cualquier cosa... Además, bastaría un helicóptero para...

—¿Un helicóptero? —Se estremeció Forrest—. ¡Ni soñarlo!

—Pe... pero con un helicóptero...

—Con un helicóptero moriríamos todos los que fuésemos en él.

Mire, señorita Dubré, usted no ha entendido bien la situación. La organización para la cual ha estado trabajando su padre hasta ahora, la está vigilando a usted, según parece... —volvió a señalar a los dos perseguidores de la muchacha—. Yo creo que no harán nada, salvo que sea necesario. Quiero decir que la estarán vigilando por si usted misma los lleva a donde está su padre. Además, ahora, cuando nosotros dos nos vayamos, uno de esos dos sujetos nos seguirá... Están detrás de la pista, quieren llegar hasta su padre como sea... Y en cuanto tengan la seguridad de que él levanta el vuelo, de que va en un helicóptero, lo harán pedazos... ¿Lo comprende? Ellos deben tenerlo previsto todo, deben estar preparados para todo: autos, lanchas, helicópteros, aviones... Lo que sea, está previsto por ellos.

—Pe... pero entonces..., ¿cómo van a sacar a mi padre de... de donde está ahora?

—No lo sé. ¿Dónde está?

—En una villa de una amiga mía; una compañera de colegio que...

—Colegio suizo, claro. Un internado.

—Sí... —Enrojeció Charlotte—. Sí, un colegio suizo.

—¿Cuál es la dirección de esa villa?

—Seiscientos ochenta, Boulevard de Riquier.

—Bien... Pensaremos en algo, llamaremos a París... Vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano, se lo aseguro. Mientras tanto, esperamos que usted no se acerque para nada a esa villa. Pase lo que pase, no vaya allí. Porque, señorita Dubré, le diré una cosa: si no la han atacado a usted ya, para obligarla a decirles dónde está su padre, es porque creen que usted..., y ahora nosotros, lo estamos esperando. Si ellos supiesen que Maurice Dubré ya está en Niza, y que usted sabe dónde, ya la habrían abordado. De modo que recuérdelo bien: pase lo que pase, usted está esperando en Niza noticias de su padre, con el cual quedó citada; pero, por el momento, usted no sabe dónde está: solo, que él ha de venir, y llamarla al... ¿Dónde está usted, en qué hotel?

—Genétière, en el Boulevard de Víctor Hugo.

—Muy bien. ¿Lo ha entendido todo?

—Sí... ¿Cuándo me llamarán, cuándo sabré lo que... lo que vamos a... a hacer?

Forrest carraspeó, y bajó la mirada.

—No le aseguramos que vayamos a hacer nada. Antes, tenemos que consultar con París, y quizá nuestro jefe de allá tenga que consultar con Washington, usted entiende...

Charlotte estaba pálida como un cadáver.

—Sí, entiendo —susurró—. Entiendo que cabe en lo posible que el FBI, para evitarse... conflictos, decida desestimar la oferta de mi padre, y dejarnos a él y a mí a nuestra suerte..., que sería en realidad nuestra desgracia. ¿He entendido bien?

Miró de uno a otro, y estuvo segura de que ambos habían enrojecido un poco. Brandon y Forrest se pusieron en pie, y el primero masculló:

—Ha sido un placer, señorita Dubré... Ya llamaremos a su hotel. Buenas tardes.

—Adiós —tembló la voz de ella.

Ella estuvo mirando mientras se alejaban. Y, de pronto, recordando las palabras de Forrest, miró hacia los dos hombres que hasta entonces se habían dedicado a seguirla a ella. En efecto, uno de ellos, inmutable, sin empacho alguno, partía detrás de los dos agentes del FBI.

El otro se quedó sentado ante la mesa, no menos impávido que su compañero, paladeando su coñac, o algún licor parecido. Tanto éste como el otro, parecían dos hombres reposados, correctos, inalterables...

Charlotte Dubré se quedó durante unos minutos sentada, sola, mirando su vaso vacío. Estaba terriblemente asustada, porque había entendido perfectamente la postura del FBI en aquel asunto. Y, salvo que en Washington decidiesen comprometerse mucho, cosa que sin saber por qué empezaba a dudar, veía un porvenir muy negro para ella y su padre. Muy negro..., y muy breve.

Por otra parte, suponiendo que el FBI decidiese afrontar las consecuencias de una intervención que implicaba enfrentamiento a los sistemas policiales de Europa..., ¿cuánto tardarían en tomar tal decisión? No menos de un par de días, seguramente. Quizá tres, o cuatro... ¿Una semana, tal vez?

«Una semana —pensó Charlotte—. ¿Cuántas cosas pueden pasar en una semana? ¿Cómo voy yo a resistir una semana en esta situación, sabiendo que me están vigilando, que en cualquier

momento me pueden atacar, torturar para que les diga dónde está mi padre...? Oh, Dios mío...».

El vaso vacío...

Allá estaba. El buen Jacques, con todo descaro, se había bebido su agua tónica. Pero, ciertamente, el caradura de Jacques había tenido razón: lo que ella necesitaba era algo mucho más fuerte; un coñac, un *whisky*... Algo así.

«¿Y si me fuera de Niza? —pensó—. Podría marcharme de aquí, y todos esos hombres, esos asesinos profesionales y esos policías corrompidos se vendrían detrás de mí... Al menos, mi padre podría salvarse. Podría telefonarle, decirle que estaban todos detrás de mí, que él podía salir de Niza...».

Sí.

Podía hacerlo.

Pero... ¿adónde iría su padre? Estaba solo, tenía tanto miedo como ella, quizá más. Era un pobre hombre, casi un anciano...

«Dicen que quien la hace la paga... —pensó finalmente—. Y debe ser verdad».

Estaba anocheciendo.

Desistió de tomar un coñac. Dejó un billete sobre la mesa, se puso en pie, y miró de reojo al hombre que había quedado encargado de continuar tras sus pasos.

Claro: el hombre también se había puesto en pie. La seguiría.

Desalentada, abandonó la terraza, cruzó la avenida, y se metió en su coche. Lo puso en marcha, salió a la circulación, y, segundos después, veía el otro coche, detrás de ella. Siempre detrás de ella...

Casi pegó un bote en el asiento, respingando, al notar el golpecito en el hombro y oír tras ella aquella voz:

—Les habría roto la cara, princesa.

Primero, Charlotte frenó bruscamente, pero retiró el pie enseguida, y continuó conduciendo, muy alterada. Muy abiertos los ojos, miró al espejo retrovisor, en el cual destacaba el rostro del buen Jacques, sentado en el asiento de atrás, pero inclinado hacia delante, de modo que sus codos se apoyaban en el respaldo de los de delante.

—¿Qué... qué hace usted aquí? —exclamó.

Vio cómo se fruncía el ceño de Jacques.

—Protegiéndola, princesa. Bueno... Para ser sinceros, también

estoy escondido, igual que una rata... ¡Maldita sea mi estampa! ¡Y todo por diez mil cochinos francos!

—No... no le... le entiendo...

—Pero le aseguro que les habría roto la cara. ¡Si esos dos tipos hubiesen intentado algo serio contra usted, habría salido de mi escondrijo de rata, y habrían sabido muy bien cómo las gasta el buen Jacques! Malditos sean..., ¡hacer brotar lágrimas de unos ojos como los suyos...! ¿Qué pasa? ¿También son acreedores?

—¿Qué... qué...?

—Que si les debe usted dinero.

—¿Yo? No... No, no. No debo dinero a nadie, *monsieur* Jacques.

—¿De veras? Oh, una *rara avis*... Quiero decir, una ave rara. Algo así. Esto del dinero es un asco, pero hay que aceptarlo..., por lo bien que lo pasa uno cuando tiene los bolsillos llenos... ¿No le parece?

—Sí... No... Bueno, no sé... ¿No se había ido usted en un taxi...?

—¡*Sacre!* —exclamó Jacques—. ¿Acaso tengo cara de tonto?

—No, no...

—¿Y de cobarde?

Charlotte tragó saliva, y volvió a mirar por el retrovisor aquel rostro de granuja belicoso.

—No... No, tampoco.

—Pues si me hubiese marchado en aquel taxi, habría sido ambas cosas, princesa. Tonto, porque mis... amigos no habrían tardado en alcanzar el taxi, y eso habría resultado muy molesto para mí. Y cobarde, porque la habría dejado a usted sola con dos tipos que la estaban haciendo llorar. Así que, para no ser ninguna de las dos cosas, salté del taxi después de dar una espléndida propina al taxista... Dicho sea de paso, mis últimos francos... Y después de saltar, volví aquí, y como sabía cuál era su coche, pues la había visto llegar, me metí en él, dispuesto a no ser cobarde. ¡Les habría roto la cara a los dos, palabra!

—*Monsieur* Jacques: ¿quiere decir que ha vuelto aquí para... protegerme?

—Si hubiese sido necesario, sí.

—¿Y por qué?

—Porque me daba la gana, maldita sea mi osamenta. Oiga, hermanita: ¿usted no tendría unos cuantos francos para prestarme?

—¿Me... me está pidiendo... dinero... prestado?

—¡Toma! ¿Acaso no sé expresarme bien en francés, después de treinta años de hablarlo? Aún no tenía el primer diente y ya decía cosas muy interesantes en nuestro idioma, princesa.

—¿Cosas... interesantes?

—Sí, sí..., Por ejemplo: dinero, chica guapa, amor, vida estupenda, maldito sea el trabajo... ¿Usted entiende?

—Sí —casi rió Charlotte—. Sí, le entiendo, Jacques.

—Estupendo. ¿Cómo andamos de fondos? Yo, para salir del paso, me las arreglaría estupendamente con doscientos o trescientos francos... ¿Le parece mucho?

—¿Qué piensa hacer con ese dinero?

—Comprarme un yate.

—¿Comprarse un... un...?

—Oiga, ¿qué se puede hacer con trescientos francos? —refunfuñó Jacques—. Pagar la fonda para no buscarse uno más líos, y tomar un billete de tren para cualquier sitio... Marsella quizá sea lo bastante grande para mí... ¿Puedo echarle un vistazo a su bolso?

Sin esperar consentimiento, Jacques pasó un brazo hacia delante, tomó el bolso de la muchacha de sobre el asiento contiguo al del volante, y lo abrió. Charlotte Dubré había abierto la boca para protestar, pero acabó encogiendo los hombros, mientras miraba de nuevo por el retrovisor, pero ahora hacia el otro coche..., que, por supuesto, seguía tras ella.

—¡*Bon Dieu!* ¿Es cierto lo que ven mis ojos, bella princesa de un remoto reino oriental? ¿Están viendo mis lindos ojos nada menos que algo así como cinco mil francos?

—No sé... Tomé algo de dinero para salir del hotel...

—¡Algo de dinero...! ¡Pero si somos ricos, princesa!

—¿«Somos»?

—Oh, yo me conformo con la mitad... ¿Está bien?

—Antes se conformaba con trescientos francos, Jacques.

—Sí... Es verdad. Yo siempre acepto las verdades, por mucho que me disgusten. Está bien: trescientos francos... ¿Lo dejamos en quinientos, bella princesa?

—No sé si se da cuenta de que me está robando, Jacques.

—¿Cómo? —Se pasmó el caradura—. ¡Oiga, que sólo le estoy pidiendo un préstamo a una amiga...! ¿Piensa ir a Marsella alguna

vez?

—No lo sé..., pero lo dudo.

—Bueno, dígame dónde encontrarla, y le enviaré el dinero cuando vuelva a cambiar mi suerte. ¿Qué se cree, nena? Aquí donde me ve, yo he sido millonario... Y no de ilusiones, sino de francos. Lo que pasa es... lo que pasa. La vida. ¿Quinientos francos?

—Llévese mil, *monsieur* Jacques.

—Usted es toda una dama —dijo con súbito respeto el caradura—. Mil francos. ¡Ah, la vida vuelve a ser amable! Dentro de poco, habré convertido estos mil francos en cien mil, les pagaré a esos gorilas y... ¡a vivir otra vez! ¿Dónde dice que tengo que devolverle el préstamo?

—Déjelo, no tiene importancia.

—Sí, señor —suspiró Jacques—. ¡Toda una dama! Lo sé muy bien, porque las que no son damas, no dan dinero: lo piden... ¿Usted me entiende?

—Pues a mí no me parecieron damas aquellos tres... gorilas.

—Ah, sí... ¡Bah! Son unos imbéciles... Llevan varios meses detrás de mí, por diez mil francos miserables. Pero —se echó a reír, agudamente, con evidente pitorreo—, ¡vaya, están locos si creen que pueden atrapar al buen Jacques! ¿Usted ha oído hablar de ese sujeto llamado Houdini?

—Me parece que sí... —Charlotte seguía mirando nerviosamente hacia atrás por el retrovisor, mientras pensaba que la presencia de aquel caradura la tranquilizaba—. Era un escapista.

—¿Un? Bueno, sí. Uno de esos tipos que los ata usted de manos y pies, los llena de cadenas, los mete en un saco de cuero, luego en un baúl, los ata con cadenas aún más gordas, los tira al fondo del mar..., y cinco segundos después, salen tan campantes, sin cuerdas, sin cadenas, sin nada... Bueno, pues a mi lado, ese tal Houdini era un niño de teta..., con perdón de la expresión. Mire, princesa, a mí me mete usted en una caja de caudales así de grande, la entierra, le pone encima cien toneladas de cemento..., y antes de que haya podido encender un cigarrillo, ¡voilà!, allí me tiene usted a mí ofreciéndole fuego. Soy un genio.

—Por muy genio que sea usted, si no paga sus deudas irá a parar a la cárcel.

Se extrañó del prolongado silencio del buen Jacques, así que

acabó por volver un instante la cabeza, para mirarlo directamente; el buen Jacques estaba como si acabase de caerle encima una piscina entera de agua helada, atónito, pasmado, turulato.

—¿A la cárcel? —murmuró por fin—. Usted está bromeando, claro...

—Me parece que no —sonrió crispadamente Charlotte.

—Pero, princesa..., ¡si la policía y yo tenemos hecho un acuerdo al respecto! Mire, ellos no me meten en la cárcel, y así se ahorran quedar en ridículo. ¡Una cárcel! He estado en cinco de esos lugares... Por poco tiempo, claro. Supongamos que me metían allá hacia el mediodía, ¿eh? Bueno: pues cuando iban a pasar lista para dormir, ya tenían allá una postal mía felicitando al director de la prisión..., desde mil kilómetros de distancia.

—¿Se ha escapado... cinco veces de la cárcel?

—¿Escapado? Me he marchado, simplemente. Aunque una vez estuve una semana, porque había allá un tipo que contaba muy buenos chistes. Cuando se le terminó el repertorio, me fui. Así que, convenga usted conmigo en que unos desgraciados no van a amargarme la vida por diez mil francos de nada perdidos una noche de mala racha en... ¿Qué pasa? ¿Es que quiere usted que le cuente mi vida?

—No, no —respingó Charlotte.

—Bueno, pues entonces, adiós. Frene un poquito cuando le vaya bien, y ya verá cómo me esfumo de su coche. Aún no me ha dicho dónde tengo que enviarle el dinero, princesa. Y otra cosa: ¿no me necesita? Si en algo puede ayudarla el buen Jacques... Oiga: ¿por qué está mirando tanto hacia atrás si ahora estoy sentado en este lado, y no necesita el retrovisor para ver mi preciosa cara de gladiador romano?

Ella dejó de mirar el otro coche, y deslizó la mirada hacia los expectantes ojos del... gladiador romano.

—*Monsieur Jacques*: ¿de verdad es usted... capaz de escapar de cualquier sitio?

—Hijita, la vida enseña de todo, y una de las asignaturas más importantes es la de la Supervivencia.

O escapar, o... diñarla. Recuerdo que una vez, en Aix-les-Bains...

—¿Querría usted ganarse cincuenta mil francos, *monsieur Jacques*?

—¡Tuuuúttt!

Ella se volvió de nuevo, sorprendida.

—¿Qué dice?

El buen Jacques hizo de nuevo el gesto de tocar una imaginaria trompeta.

—¡Tuuuúttt!

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que usted está tocando la trompeta, hija mía. Vamos, que está majareta, ¿comprende? ¡Cincuenta mil francos! ¡Tuuuúttt!

—Le puedo dar un cheque esta misma noche.

—Ah... Bueno, yo también puedo darle un cheque por cien millones de francos. Y si le gusta, le pone un marco... Pero, demonios, ¿qué le pasa? ¿Por qué mira tanto hacia atrás?

—Me están siguiendo.

—Vaya cosa... Yo también la seguiría si no tuviese que partir hacia Marsella cuanto antes.

—Con malas intenciones, *monsieur* Jacques.

—¿Qué son malas intenciones? ¿Decirle fea?

Charlotte Dubré rompió a llorar, de pronto, estremeciéndose con tal fuerza que el coche comenzó a ir de un lado a otro...

—¡Hey! —gritó Jacques.

Con aquella fantástica agilidad, saltó al asiento delantero de tal modo que ya desplazó a la muchacha de delante del volante, y tomó él los mandos, suspirando fuertemente. La miró con el ceño fruncido, refunfuñando cosas en verdad muy poco delicadas. Pero ella seguía llorando, no parecía oírle, y el buen Jacques, sin dejar de mascullar, aparcó el coche en el primer lugar libre de la Avenue de la Victoire, paró el motor, y lanzó un último reniego.

—Está bien, está bien, princesa... ¡No me llore, maldita sea mi estampa! Aquí donde me ve, yo soy un caballero. Le devolveré sus mil francos, la dejaré tranquila, me irá... ¿Sí? Vamos, vamos, seque esos lagrimones, hija... —Sacó un sucio pañuelo, y se lo pasó por la cara—. ¡*Sacre!*, está usted destrozando mi sensible corazón...

—*Monsieur* Jacques, le... le juro que... que me quieren... matar...

—¿Qué?

—Hay un hombre en ese coche de ahí detrás... Antes eran dos,

pero ahora sólo hay uno... Me están siguiendo desde que llegué a Niza y...

—Oiga, hagamos un trato: usted deja de llorar y yo hago lo que usted quiera. ¡Demonios, que si nos ve un gendarme se va a creer que... que...! ¡Vaya usted a saber lo que puede creer un gendarme! Mire... —¿Le molesta a usted ese tipo de ahí atrás? ¿De verdad?

—Es que él... él quiere...

—Matarla, ya lo sé. Oh, claro: matarla. Bueno, pues verá qué bien sabe hacer las cosas el buen Jacques... No se vaya, ¿eh?

Sin más, Jacques salió del coche, localizó inmediatamente el coche, que estaba maniobrando para aparcar, y se fue directo hacia allá. Esperó a que el coche estuviese aparcado, y se metió dentro, junto al conductor, que lo miró entre sobresaltado y estupefacto.

—Oiga, *monsieur* —dijo Jacques—: ¿qué diría usted si le partiese esa cara de imbécil que tiene? ¿Eh, qué diría?

El otro había palidecido un poco. De pronto, movió la mano hacia su sobaco izquierdo... El buen Jacques frunció el ceño, sujetó la mano derecha del hombre con su derecha, reteniéndola cruzada contra el pecho y, con su izquierda, le lanzó un directo en plena nariz, tan terrorífico, que la cabeza del sujeto pareció estar de pronto colocada sobre un cuello de goma, que se estiró hasta la ventanilla. Allá, la cabeza rebotó sonoramente... Y a la vuelta, de nuevo el puño izquierdo del buen Jacques hizo de las suyas, incrustándose con escalofriante chasquido en la barbilla... El hombre desorbitó los ojos, se relajó, y quedó como un guiñapo, con la cabeza caída sobre el pecho, como mirando la sangre que chorreaba desde su nariz a la blanca camisa y la corbata.

El buen Jacques se sacudió las manos, salió del coche, y, antes de cerrar la portezuela, metió la cabeza dentro.

—Adiós, imbécil —dijo.

Silbando, regresó al coche de Charlotte Dubré, se colocó ante el volante, y guiñó un ojo a la muchacha.

—¿Dónde la dejo, princesa? ¿Cuál es su palacio?

—No... no quiero volver allá, no quiero...

—¿No quiere volver a palacio?

—No es ningún palacio... Quiero hablar con usted, *monsieur* Jacques... ¡Vayamos adonde usted quiera, adonde podamos hablar sin que nadie nos oiga...!

El buen Jacques la miraba con cierta desconfianza y no poca perplejidad, pero, por fin, guiñó un ojo alegremente.

—Bueno... Creo que conozco un sitio así, encanto.

CAPÍTULO III

A primera vista parecía un tabernucho, lleno de humo, no muy bien iluminado, abarrotado de gente que hablaba a la vez. Pero muy pronto resultaba fácil percatarse de que era uno de esos lugares caros y con «ambiente».

Charlotte se quedó mirando a través del humo a Jacques.

—¿Aquí podemos... hablar sin que nadie nos oiga?

—Mejor que en su coche, princesa. El mejor sitio para conversar discretamente es precisamente uno en que los demás se están ocupando de sus asuntos. Observe —alzó la voz, diciendo—: ¡A ver, imbéciles, dejadme pasar!

El fuerte rumor de la conversación continuó alrededor de ellos, y Jacques, sonriendo, tomó del brazo a la asustada Charlotte, y se encaminaron al fondo del ambientado lugar. Milagro de milagros: había una pequeña mesita libre en un rincón. La ocuparon, y Jacques apretó un botoncito que había en la mesa, diciendo:

—Dentro de cinco segundos, tenemos aquí a un camarero. Apretando este botón, se enciende una luz en un tablero que tienen en el mostrador: es más práctico que intentar hacerse oír.

—Sí... Muy práctico.

El camarero estafó a Jacques: tardó ocho segundos.

—Coñac... —pidió el caradura—. Uno doble.

—Sí, señor.

—Pssit. —Jacques lo atrajo con un gesto impertinente, y el camarero se inclinó más, para escuchar su confidencia—: pero nada de matarratas, amigo. «Martell», ¿estamos?

—Estamos —sonrió el camarero.

Éste se alejó, y Jacques encendió el cigarrillo que llevaba colgando de los labios hacía rato. No dijo ni una palabra hasta que

llegó el camarero con los coñacs. Entonces, con toda cachaza, abrió el bolso de Charlotte, sacó un billete de diez francos, y se lo tendió al hombre.

—Quédese con la vuelta.

—Faltan veinte francos —dijo el camarero.

—¿Qué?

—Son treinta francos, señor.

—¡*Sacre!* ¿Dónde me he metido? ¿En la cueva de Alí Baba y los Cuarenta Ladrones?

El camarero se quedó mirándolo inexpresivamente. Refunfuñando, Jacques le tendió el resto del importe, y luego una moneda de un franco, que el hombre se quedó mirando con gesto crítico. Pero dio media vuelta, y se alejó.

—¡*Bon Dieu!* ¡Treinta francos dos coñacs...!

—Tres coñacs —dijo Charlotte—: el suyo es doble.

—Ah... Sí, es verdad. Y ante la verdad, hay que quitarse siempre el sombrero. Y ya que hablamos de verdades, princesa: ¿no me está usted tomando el pelo?

—No... No, no. Puedo pagarle cincuenta mil francos si me... ayuda a sacar a una persona de Niza, señor Jacques. Usted puede hacerlo, si es verdad todo lo que ha dicho sobre usted mismo. Si tanta facilidad tiene para escapar de los sitios...

—Por cincuenta mil francos, yo me escapo de mí mismo y eso que estoy encantado conmigo. Pero hablemos en serio: esos cincuenta mil francos..., ¿son de los nuevos?

—Sí, claro.

—Humm... O sea, ¿diez mil dólares?

—Sí, sí. Bueno, al cambio, claro... No tengo dólares.

—Entiendo. Y no le veo nada de malo a la moneda francesa. He jugado con ella desde que nací, allá en Rouen, cuando... Pero hemos quedado que no le voy a contar mi vida, ¿verdad? Dígame: ¿quién es el pájaro?

—¿El pájaro...?

—El sujeto que hay que sacar de Niza: el golfo, vamos.

—No es ningún golfo... —Enrojeció Charlotte—. Se trata de... mi padre.

—¡Atiza, el rey!

—¿Qué... qué...?

—Si usted es princesa, él es el rey, ¿no? ¿Qué es lo que pasa? ¿Está inválido?

—¿Cómo...?

—Si no puede salir él sólo es que algo le pasa, digo yo... —refunfuñó Jacques—. Usted no entiende nada de nada, bellísima.

—Es que habla usted de un modo... Señor Jacques, yo preferiría no explicarle lo que pasa. Sólo quisiera saber si usted se atrevería a sacar cuanto antes a mi padre de Niza, digamos de un modo... seguro y discreto.

—¿También a él quieren matarlo?

—Sí.

—¿Quiénes?

—Unos... enemigos.

—Ya supongo que no serán sus amigos, rica. ¿Qué hizo? ¿Se orinó en uno de esos señores?

Charlotte Dubré se quedó mirando fijamente al desvergonzado personaje. De pronto, movió negativamente la cabeza, y se puso en pie.

—Será mejor que lo dejemos —susurró.

—¿Qué? —gritó Jacques—. ¡Con este ruido no se oye nada! Vamos, siéntese. Vamos a hacer el trato, pero... por cien mil francos. Usted me entrega esa cantidad, y yo le dejo a su padre sano y salvo en Madagascar, pongo por caso. ¿De acuerdo?

Charlotte se volvió a sentar.

—¿Podrá hacerlo? —exclamó—. ¿Podrá?

Jacques se señaló una punta de uña.

—Si me pone un poquito así al corriente de cómo están las cosas, estudiaremos el caso, cuando menos. ¿Dónde está él ahora?

—En una villa, escondido.

—¿Y sus enemigos saben que está ahí?

—No... Por ahora, no. Por eso me seguían, para ver si yo los llevaba hasta donde se esconde mi padre. Aunque en realidad, lo que piensan es que él no ha llegado todavía a Niza, y que yo le estoy esperando en un hotel.

—Ajá. ¿Cuántos son esos enemigos? ¿Cuatro, cinco...?

—Me parece... que algunos más.

—¿Diez?

—Algunos... más.

—¿Veinte?

—Más, más... —Tragó saliva Charlotte.

Jacques se quedó mirándola, parpadeando velozmente.

—Vaya —masculló—. Creí que podría ganar cien mil francos cómodamente, pero... ¿Van armados?

—Oh, sí, claro... Puesto que nos quieren matar...

Jacques se dio a sí mismo una bofetada, sonriendo.

—Por tonto... —explicó lo de la bofetada—. Clare que van armados. Hasta el imbécil del coche quiso sacar una pistola... Me parece. A lo mejor, fui injusto con él, lo tendrán que operar de sinusitis. Pero, de momento ese tipo ya le ha perdido a usted la pista. ¿Sabe si la seguían algunos más?

—No... No lo sé. Pero... seguramente, no eran los únicos que saben que estoy en el hotel Genétière. He pensado... que se van turnando en seguirme, pero que todos saben dónde encontrarme, claro.

—Claro... —asintió Jacques—. Por lo tanto, usted ya no va a volver por ese hotel, de momento. Ése será primer paso. Ahora, veamos: ¿podemos contar con ayuda de alguien?

—De nadie.

—¿Le parece posible que llamemos a su padre por teléfono y le digamos que, simplemente, él solo, muy discretito, abandone Niza? Podría tomar el tren, un avión, salir en coche...

—Todo está vigilado. Lo sé, él me lo dijo.

—¿Quiere decir que tienen vigilado el aeropuerto, la estación del tren, el muelle?!

—Todo.

—Esto... ¿Y con helicóptero?

—Ya pensé en eso... —sonrió tristemente la muchacha—. Pero ellos también tienen helicópteros: lo derribarían.

—*Diable*... No está nada fácil, ¿eh? Esto... ¿Dónde se halla esa villa?

—En el 680, Boulevard de Riquier.

—Ah, ya... ¿Es grande?

—¿La villa? Sí, sí... Bastante.

El buen Jacques quedó pensativo, fruncido el ceño, durante no menos de tres minutos, contemplado ansiosamente por Charlotte.

—Según entiendo —dijo de pronto—, la situación está de este

modo: hemos despistado a un tipo que iba tras sus lindos pies, pero los demás saben que está usted en el hotel Genétière, así que, si vuelve por allí, volverán a seguirla, a la espera de que su padre llegue a Niza, la llame, y usted acuda a su encuentro. Por el momento la han perdido de vista a usted, pero, a poco que se deje ver, puesto que todos deben conocerla, volveremos a estar como al principio: la verán, la seguirán... ¿Es eso?

—Sí. Hasta que... se cansen de seguirme y decidan... atacarme, para que les diga dónde pienso encontrarme con mi padre cuando llegue a Niza. Bueno, quiero decir...

—Ya he entendido. Y nada de tren, avión, coche, barco, helicóptero...

—Sí... Nada de eso.

—¿Y a pie?

—¿A pie? —Abrió mucho los ojos Charlotte.

—A pie. Es un modo muy corriente de desplazarse, digo yo.

—Pe... pero... salir de Niza a pie, para ir lejos...

—Dicen que andando se llega a Roma. ¿Le parece Roma lo bastante lejos?

—Sí, claro... ¡Usted se está burlando de mí!

El buen Jacques volvió a quedarse mirándola fijamente. Luego, volvió a abrir el bolsito de la muchacha, sacó unos cuantos billetes, que se metió en el bolsillo, y, por último, puso ante ella el talonario de cheques, y el pequeño bolígrafo de oro.

—Cien mil francos —sonrió.

La expresión de ella no pudo ser más desconfiada.

—¿Quiere cobrar antes de...?

—Voy a necesitar dinero. Bastante dinero.

—Pero... Bueno, no sé...

—¿Cree que me largaré con el premio sin hacer el trabajo? —sonrió de nuevo.

—Para ser sincera, eso me temo, señor Jacques. Quedaría como una tonta.

—Bueno... Elija entre quedar como una tonta, o quedar como una huérfana. Y otra cosa —se clavó el dedo pulgar en el pecho—: cuando Jacques Barteau empieza algo, siempre lo termina. Es cuestión de amor propio, ¿comprende? Este asunto es como... un desafío a mi capacidad. Espero divertirme. Y por último, ¿para qué

vamos a engañarnos? Usted me gusta más que París en primavera. Quizá nos entendamos cuando todo esto termine, princesa. ¿Qué le parece?

—No sé... ¿Quiere decir que... que usted y yo...?

—¿Le parece mala idea? Pues le aseguro que después de tratarme no soy del todo desagradable. Bien: ¿me firma usted el autógrafo o no?

Charlotte estuvo mirándolo atentamente unos segundos, antes de suspirar, tomar el bolígrafo, y llenar el cheque y firmarlo. Jacques Barteau lo arrancó del talonario, y se quedó mirándolo como quien, por fin, ha encontrado un elefante blanco con rosas rojas tatuadas en la trompa.

—Acaba usted de firmar el seguro de vida de su padre, princesa. Vámonos.

Apuró el coñac de un trago, la tomó de un brazo, y tiró de ella, cruzando ambos el local. Cuando salieron a la calle, Charlotte lo miró desconcertada.

—¿Adónde vamos? Si no puedo volver a mi hotel...

—Buscaremos otro palacio —aseguró el buen Jacques.

Veinte minutos más tarde, detenía el coche en una callecita simpática, por detrás de Avenue Clemenceau, casi delante mismo de un edificio de tres pisos que, en la fachada tenía un rótulo luminoso que decía:

PENSION MARIE

Chambres-Petits Déjeuners

—¿No... no es ésta su... pensión? —murmuró Charlotte.

—Seguro. Venga, le presentaré a *madame* Marie. Es bastante buena persona.

Entraron, y Jacques fue directo a la primera puerta a la izquierda del vestíbulo. Llamó con los nudillos, y a los pocos segundos apareció una mujer de unos sesenta años, flaca y fea, pero muy emperifollada, y de ojillos maliciosos, que inmediatamente captaron la presencia de Charlotte.

—Ah, *monsieur* Barteau... Buenas noches.

—Buenas noches, *madame* —sonrió el caradura—: tengo que pedirle a usted un favor.

—Oh, sí —la mirada de *madame* Marie regresó de nuevo hacia Charlotte—. ¿De qué se trata? Estaré encantada...

Jacques se inclinó hacia ella, y le estuvo cuchicheando al oído. Primero, *madame* Marie movía negativamente la cabeza, pero Jacques le deslizó un par de billetes, y la expresión y gestos de la *madame* cambiaron. Asintió, y antes de desaparecer, señaló escaleras arriba.

El buen Jacques se volvió hacia Charlotte, y la tomó de un brazo, tirando de ella escaleras arriba. Llegaron al primer piso, y el caradura empujó una puerta, metió un brazo, encendió la luz, y señaló el interior.

—Adelante, princesa... A propósito: ¿cómo se llama?

—Charlotte. Pe... pero... ¿dónde estamos?

—En su cámara de palacio. He convencido a *madame* Marie para que la admita, y así podremos pasar la noche juntos. Es muy comprensiva *madame* Marie, ¿no parece?

—¿Usted... está diciendo que vamos a... a pasar la noche juntos...?

—¿Le disgusta la idea?

—Señor Jacques, si usted cree...

—Le aseguro que no ronco. ¿Y usted?

—¿Yo? ¡Claro que no!

—Menos mal: es que los tabiques son muy delgados en esta pensión, ¿sabe? Así que, si necesita algo, como yo estaré en la habitación de al lado, a su derecha, sólo tiene que dar unos golpecitos con un zapato... No sea que se lastime los deditos.

—¿Quiere decir... que tenemos... habitaciones separadas?

Jacques Barteau suspiró como desalentado.

—Así es... Me estoy regenerando, maldita sea mi osamenta. Bien, princesa: buenas noches.

La tomó por la cintura, la atrajo, y la besó en los labios. Charlotte Dubré quedó como una muñequita en sus brazos, durante no menos de diez segundos. Por fin, él la apartó, y le dio un cachetito en una mejilla.

—Soberbio... —aseguró—. ¡Soberbio!

Y dejándola allí como convertida en estatua, desapareció en el cuarto de al lado.

CAPÍTULO IV

Charlotte Dubré movió la naricilla, y la mosca se decidió a marcharse. Pero volvió enseguida, ahora sobre los labios. Hizo un mohín, y la mosca volvió a marcharse..., para volver de nuevo a posarse en su barbilla. Medio dormida, la muchacha llevó la mano allí, para espantar al inoportuno bichejo...

Entonces, algo sujetó la mano, y la alzó. Enseguida, en el dorso, Charlotte notó una cosa tibia, al mismo tiempo que oía un sonoro chasquido.

Abrió los ojos, y se quedó mirando a Jacques Barteau, sentado en el borde de la cama, sujetándole la mano.

—Buenos días, princesa —volvió a besarle la mano, y sonrió—. Es hora de levantarse.

—¿Qué... qué hace usted aquí?

—¿Qué hacen los pajes? Pues despertar a las princesas.

Charlotte soltó vivamente su mano, y se sentó, enfurruñado el gesto, empezando a decir:

—¡Haga el favor de salir de...! ¡Oh!

Se sofocó intensamente, y volvió a meterse entre las ropas de la cama. Había olvidado que por la noche, al no disponer de camisón o prenda de idéntico servicio, había decidido dormir desnuda... Jacques Barteau la miraba con gesto estupefacto.

—¿Será verdad tanta belleza? —pudo musitar al fin.

—¡Salga de aquí!

El se puso en pie, fue a la ventana, y descorrió las cortinas. Un sol deslucido llenó de corpúsculos dorados la habitación.

—Son las diez y pico —dijo—. Y debo decirle que su cheque era bueno.

—¿Ya lo ha cobrado? —inquirió ella.

—Le dije que necesitaríamos dinero, así que... Bueno, con cien mil francos, nos arreglaremos.

—Pe... pero el cheque... era de un Banco suizo...

—Hay servicio telefónico para estos casos. Nena, esta noche he dormido muy poco, porque me he dedicado preferentemente a pensar —volvió a sentarse en el borde de la cama—. Y hay una cosa que anoche no pusimos en claro. ¿Quiénes eran los dos tipos que la hicieron llorar?

—Eran... dos amigos a los que había pedido ayuda, pero... me dijeron que no podía ser, por el momento.

—Ah. ¿Por el momento? ¿Qué quiere decir eso?

—Tenían que consultarlo. Quedamos en que me llamarían para darme una respuesta definitiva.

—¿Adónde la llamarían?

—Al Genétière.

Jacques quedó pensativo.

—Bueno —encogió los hombros—. Sería buena idea que llamase usted a su hotel y dijese que tardará unos días en volver, pero que sigue ocupando la habitación, y que tomen todos los recados para usted.

—Sí... Sí, lo haré.

—Muy bien. Toda la ayuda que podamos conseguir será poca. Aunque a lo mejor, esta noche, o quizá mañana, saquemos a su padre de Niza. Lo más probable, mañana.

Charlotte lanzó una exclamación.

—¿Está hablando en serio?

—Completamente. Yo soy un muchacho de grandes ideas. ¿Tiene usted algún retrato de su padre?

—¿Aquí? No...

—Lástima. Bueno, vístase. Tenemos muchas cosas que hacer.

Se inclinó, la besó en los labios, y salió de la habitación, silbando. Charlotte no había tenido tiempo de reaccionar más que para fruncir el ceño. Pero, de pronto, sonrió, y su mirada quedó ensoñadoramente perdida.

Se estaba bien con Jacques... Desde luego, era un caradura como jamás había conocido, pero... De pronto, dio un gritito, y saltó del lecho. Había buena calefacción en la pensión, así que con toda naturalidad, se acercó a la ventana, echando una ojeada al día,

soleado, pero apagado, quizá un poco tristón. Desde luego, era una locura lo que estaba haciendo: ¡confiar en un hombre como Jacques cuando, con un poco de paciencia, podía contar con el FBI... quizá!

Se volvió, respingando, al oír abrirse la puerta de nuevo, empujada por Jacques, que, con un bloc en una mano, decía:

—Aquí traigo... ¡*Mon Dieu!* ¿Qué espera para vestirse?

Sofocada de arriba abajo, Charlotte saltó hacia la cama, dio un tirón a una sábana, y... se le cayó al suelo cuando quiso envolverse precipitadamente con ella. Se inclinó, creyó que la asía con sus deditos..., y se incorporó sin la sábana.

—Bueno —dijo Jacques—: por mí, no hay prisa, princesa.

Finalmente, la muchacha pudo envolverse con la sábana. Estaba muda de indignación, de rabia, más hacia sí misma que hacia Jacques Barteau...

—¿No sabe usted llamar a las puertas? —Casi gritó, con voz ahogada.

El se la quedó mirando con el ceño fruncido. Salió del cuarto, cerró la puerta, y, en el acto, en la madera se oyeron unos golpecitos, y la voz de Jacques la atravesó:

—Pam, pom —dijo—. ¿Se puede?

Charlotte no sabía si echarse a reír o a llorar. Optó por sentarse en el borde de la cama, bien envuelta, y autorizar:

—Pase.

Jacques Barteau reapareció de nuevo, sacando en primer lugar la cabeza.

—¿Está visible mi princesa?

—Sí... Pase.

El entró cerró la puerta, y dijo:

—Pues yo diría que antes estaba más visible. Bueno —se sentó en un silloncito, colocó el bloc sobre sus rodillas, y sacó un bolígrafo—, vamos allá... ¿Es calvo, rubio, moreno...?

—¿Quién?

—Su padre. Al mío ya le conozco... Se trata de ver si consigo hacer un retrato aceptable de su padre, querida niña. Ya ve: métodos policiales.

—¿Quiere decir... que usted es... un policía?

Jacques se la quedó mirando hoscamente.

—Oiga, sin ofender. ¡*Sacre*, yo un policía...! Lo que pasa es que

soy un poco listo, he tenido un plan, y voy a aprovechar lo que se aprende viendo películas de ladrones en la televisión. ¿Sabe lo que es un retrato-robot?

—Sí, sí...

—Espléndido. ¿Calvo?

—No... No, al contrario. Mucho cabello, largo... Casi completamente blanco.

—¿Forma de la cabeza?

—Pu... pues...

—¿Redonda, alargada, en forma de pera, de patata, de triángulo...? Si tiene forma de patata, haga el favor de describir la forma de esa patata.

—Es... parecida a la mía, sí...

—Más bien ovaladita. —Jacques trazó un óvalo en la página—. ¿Así, más o menos?

—Si... si me deja a mí, podría... hacérselo bastante bien. Estudié dibujo y... y no lo hacía mal...

—¿Y por qué no empezó por ahí? Mire, la espero abajo, si le parece bien. Se viste, dibuja como mejor pueda a su padre, y me apunta sus medidas. Ya sabe: estatura, peso, tamaño, forma del cuerpo, paticorto o patilargo... ¿Lo entiende?

—Sí, sí.

—Estoy abajo.

Dejó el bloc, y salió del cuarto.

Eran casi las once cuando Charlotte salía a la calle, mirando desconcertada a todos lados. Pero era facilísimo ver a Jacques Barteau: estaba al volante de un coche descapotable, con los brazos hacia atrás, sobre el respaldo, silbando alegremente. Parecía un millonario.

—¡Eh, princesa, aquí!

Ella se sentó a su lado, aturdida.

—Pero... este coche...

—Alquilado.

—Pe... pero si... si vamos en él nos va a ver todo el mundo, y... y esos hombres que... que quieren matar a mi padre también nos verán...

—Siempre hay riesgos —sonrió Jacques—. ¿Tiene eso?

Ella le entregó la página con el dibujo definitivo de la cabeza de

su padre, y de las medidas que el caradura había pedido. Jacques lo estudio todo atentamente, y asintió con la cabeza.

—Estupendo —dijo—. Será fácil.

—¿Qué será fácil?

—Todo. A ver qué le parece mi plan para hoy... Primero, damos un paseo por los sitios más bonitos de Niza; luego, vamos a almorzar a un restaurante del puerto, que está bastante bien, incluso tienen buena mano para la bullabesa; después, nos vamos a un cine. Saldremos hacia las cinco y media... Daremos un paseo por Basse Corniche; está encantadora en otoño. Luego, volvemos a Niza, tomamos un aperitivo en cualquier sitio, y nos vamos a cenar. Después de cenar, nos metemos en un club nocturno... ¿Qué le parece?

Charlotte le contemplaba absolutamente estupefacta.

—¿Eso... es todo lo que se le ocurre hacer?

—También podríamos bailar. Aunque, la verdad, a mí no me gusta mucho eso: lo considero tonto. Y primitivo. De todos modos, si a usted le gusta...

—¡Lo que a mí me gustaría...!

—Princesa —cortó él—; ¿quién dirige esto? ¿Usted o yo?

—Usted. Pero...

—Entonces, se hará lo que yo diga.

* * *

Se hizo todo exactamente como lo había dispuesto Jacques.

Y hacia las diez y media, después de haber tomado café y coñac en un elegantísimo bar, comenzó lo que se convirtió en una verdadera *tournée* por los clubs nocturnos de Niza.

Primero estuvieron en el Papillon, pero se fueron muy pronto, porque al buen Jacques no le gustaba el ambiente. Luego fueron al Versailles, donde a los pocos minutos, Jacques opinó que la cosa estaba demasiado seria. Después, al Niza Folies, donde, a juicio de Jacques, había pocas chicas, así que la cosa resultaba no menos aburrida que en los anteriores. Después, al Canotière, donde la bebida que servían eran pésima..., según opinó Jacques. Después...

Finalmente, entraron en el *Crick-Crack* Club.

—Tiene un nombre idiota —aseguró Jacques—. Pero nunca se

sabe lo bien que se puede pasar en un sitio con nombre idiota.

—Yo estoy muy cansada —suspiró Charlotte—. Y todo esto me parece absurdo, Jacques. No tengo ganas de divertirme, ni...

—Ya me he dado cuenta —gruñó él—. Vamos, princesa, arriba el ánimo. ¡La noche es joven!

—¿Joven? ¡Casi es la una de la madrugada!

—Por eso. Vamos a la barra de momento.

Fueron allá, pero a los pocos minutos, él buen Jacques sonrió, y dijo:

—Será mejor que tomemos una mesa.

Charlotte siguió la dirección de la mirada de Jacques, y vio a la muchacha. Una rubita de buenas hechuras, rostro gracioso, y grandes ojos azules. Ocuparon una mesa, pidieron ni más ni menos que champán y Jacques, con la mirada fija en la rubita, dijo:

—Vaya, por fin... ¡Aquí se está bien!

La rubita estaba en una mesa, con dos chicas más, conversando animadamente. Acabó por darse cuenta del interés que Jacques sentía por ella, pero vio enseguida a Charlotte, pareció asombrarse, y continuó charlando con sus compañeras de mesa..., las cuales, al poco, se levantaron y desaparecieron por el fondo del local..., para reaparecer cinco minutos más tarde, pero en el escenario, donde se dedicaron a una sensacional escena de *strip-tease* completísimo que mereció la entusiasmada aprobación del público... Jacques aplaudía con ganas, sonoramente.

Cuando las tres chicas terminaron su actuación, Jacques miró a Charlotte.

—¿Más champán?

—No.

—¿Un cigarrillo?

—No.

—¿Qué le pasa? —se asombró él—. ¿No se encuentra bien?

—Déjeme en paz.

Jacques Barteau se asombró aún más, pero acabó por encoger los hombros..., mientras miraba hacia la mesa donde tres hombres se habían sentado antes, casi al mismo tiempo que ellos. El caradura sonrió, y encendió un cigarrillo. Allá tenía a unos tíos listos.

Las tres chicas reaparecieron en la sala, de nuevo vestidas, y fueron a ocupar la misma mesa. Inmediatamente, Jacques se puso

en pie, diciendo:

—Ya vuelvo...

Charlotte no tuvo tiempo ni de abrir la boca. El se fue directo a la mesa de las tres chicas, y dijo algo que las hizo reír. Se sentó entre ellas, volvió a hablar, y las tres rieron otra vez. Charlotte Dubré comenzó a sentirse sofocada... Jacques puso un dedo en la barbilla de la rubia, dijo algo más, y esta vez las risas se oyeron más nítidamente. La rubia asintió con la cabeza, todavía riendo, y se puso en pie. Jacques la imitó, la tomó del brazo, y regresó con ella a la mesa donde Charlotte hubiese querido fundirse de ira y vergüenza.

—Princesa, te presento a... a...

—Mimi La Belle —sonrió la rubia.

El caradura soltó una carcajada.

—¡Siéntate, Mimi La Belle! —exclamó—. Ella es la princesa oriental. ¿Quieres champán?

—Oh, sí... ¡Mucho champán!

—Eso es... ¡Mucho champán! ¡Camarero!

El camarero se acercó, tomó el pedido de otra botella de champán, y se alejó. Jacques, pasó un brazo por los desnudos hombros de Mimi La Belle.

—¿Quién diría que está tan bien formada, viéndola vestida y tan menudita...? ¿No le parece, princesa?

Mimi La Belle volvió a reír, aunque mirando con cierta veterana expresión a Charlotte. No hacía falta ser clarividente para comprender el mal rato que la muchacha estaba pasando. Su rostro estaba lívido, rígido su cuerpo...

Jacques la abrazó también a ella por los hombros, quedando entre las dos.

—Aunque debo admitir que la princesa tampoco está nada mal... ¿Qué digo, nada mal? ¡Está superior! Precisamente, esta mañana, cuando he ido a despertarla, la he visto tan bien como...

—¡Cállese! —exclamó ahogadamente Charlotte, poniéndose en pie, roja de ira.

—Pero princesa, sólo estamos...

—¡Sinvergüenza!

¡Plaf!

Seguramente, se oyó más la tremenda bofetada que el insulto.

Charlotte dio media vuelta, y casi corrió hacia la salida del *Crick-Crack Club*, con la cabeza baja, desencajado el rostro. Jacques quedó como petrificado, seguramente pensando que aquella bofetada ya no se la quitaba nadie..., o quizá mirando a uno de aquellos tres hombres, que salió precipitadamente detrás de Charlotte... En la mesa sólo quedaron dos...

—Vaya... —dijo por fin—. Parece que la princesa se ha enfadado, ¿verdad, Mimi?

—Lo parece —sonrió, un poco inquieta, Mimi La Belle—. Y ya empieza a notarse en tu cara, querido amigo.

—¡Vaya tortazo!, ¿eh? ¡Mi madre, vaya tortazo!

—Creí que ella estaría de acuerdo en que fuésemos tres.

—Pues ya ves que no... Bueno, ¿qué nos importa? ¡Ahí llega nuestro champán! ¿O prefieres que nos llevemos la botella a tu... nidito?

Mimi La Belle sonrió profesionalmente.

—Creo que eso sería lo mejor, sí —aceptó.

—¿Pues qué estamos esperando?

El buen Jacques tiró unos billetes sobre la mesa, recogió la botella de champán, y abrazando por la cintura a Mimi La Belle se dirigió a la puerta..., observando por el rabillo del ojo cómo los dos hombres se ponían en pie en el acto. Comenzó a silbar, completamente refractario a las miradas de desagrado que iba recibiendo a su paso. Bien estaba divertirse..., pero discretamente.

Cuando salieron a la calle, fueron hacia el descapotable, donde, contra toda esperanza, no estaba Charlotte esperando al buen Jacques, que encogió los hombros.

—Sube al barco, reina —canturreó—. ¡Nos vamos hacia la felicidad!

—¡Viva la felicidad! —rió Mimi.

Entraron en el coche, Jacques lo puso en marcha..., y vio enseguida el otro coche que salía tras ellos. Esto estaba sucediendo desde las seis y media de la tarde, aproximadamente...

—Mimi —la miró y le guiñó un ojo—: ¿te gustaría ganarte cincuenta mil francos? De los fuertes, de los nuevos, claro.

Ella se echó a reír.

—¿Crees que valgo tanto? —exclamó—. Oh, oh... Espera. ¿Es que vas a pedirme algo... muy especial, cariño?

—Estoy hablando en serio: cincuenta mil francos. Puedo darte ahora mismo un anticipo de veinte mil, para que vayas preparando las cosas.

—¿Qué cosas?

—La gran juerga.

—No te entiendo...

* * *

—No entiendo a ese tipo... ¿Y tú, Jofré?

Jofré, al volante del coche, movió negativamente la cabeza.

—Tampoco. Pero si está con la hija de Dubré, es porque piensa ayudarla..., supongo. Tiene que estar loco, de todos modos, me parece a mí: ¿a quién se le ocurre ir en un coche descapotable con la hija de Dubré..., y en pleno otoño? ¿Qué piensas tú, Carlo?

—No sé. Tiene que estar tramando algo, claro. Por el momento, vamos a seguirlo a él... Rehaus se ha encargado de seguir a la chica. No tardará en llamarnos para decirnos adónde ha ido. Quizá sean un par de listos y él está corriendo el riesgo de llevarnos detrás mientras ella va a ver a su padre.

—Podría ser —admitió Jofré—. Podría ser. ¿Y la pájara del club nocturno? ¿Qué pinta en todo esto? A menos que todo esté preparado, ese tipo tiene la cara más dura que una plancha de acero. Francamente, yo me inclino a creer que la hija de Dubré no sabía nada de esto. Una indignación así no puede ser fingida. La bofetada, sí —sonrió—, pero lo otro no.

—Con una cara como la de ese tipo, uno se rompe la mano al atizarle. ¿A ver si estamos haciendo el tonto siguiéndole mientras él, tranquilamente, se dedica a divertirse? Tiene toda la facha de un sinvergüenza vividor... ¿Cómo demonios pudo la hija de Dubré entrar en tratos o en contacto con él?

—Sabes muy bien que cuando hemos llamado para describirlo, el jefe nos ha dicho que debe ser el mismo hombre que estaba ayer en el café La Fleur, y que habló con la chica... Klowe y Rivet así lo informaron.

—Sí, debe ser él, claro... ¡Pobre Rivet! Le ha quedado la nariz hecha una pena. Menos mal que, al parecer, ese tipo no es amigo de armas. Si se hubiese tratado de uno de los otros dos, quizá Rivet

ahora no tendría que preocuparse por su nariz. Klowe los siguió, los vigiló... Asegura que son americanos. Maldita sea, seguro que ese maldito Dubré pidió ayuda a los americanos... En París debieron movilizar a los de la represión de narcóticos americanos, y eso va a ser una catástrofe...

—Si encuentran a Dubré antes que nosotros —recordó Jofré—. Y por lo que han dicho Rivet y Klowe, parece que los americanos..., si es que aquellos dos tipos resultan serlo efectivamente al final, no están muy dispuestos a complicarse la vida.

—Eso estaba gracioso —sonrió Carlo—. Esto tiene no poco de gracioso, ¿verdad? Hay como una docena de policías al menos que están colaborando con nosotros... ¿Tú no lo encuentras gracioso?

—Pues, la verdad, sí —rió Jofré—. Lo que no me parecería gracioso es que los americanos consiguieran sacar a Dubré de Niza... Claro que aún no sabemos si ha llegado.

—Yo creo que ya está aquí —murmuró pensativamente Carlo—. Y ese sujeto está ayudando a la joven Dubré..., que tiene que estar muy desesperada para haber recurrido a un tipo semejante... Están llamando.

Se había oído apenas un leve zumbido bajo la ropa de Carlo. Éste sacó la pequeña radio de bolsillo, y abrió el canal.

—¿Qué hay?

—¿Dónde estáis? —Se oyó una voz baja, profunda.

Carlo se enderezó instintivamente en el asiento.

—Vamos detrás del tipo que acompañaba a la hija de Dubré, señor. Jofré y yo. Rehaus ha seguido a la...

—Lo sé. El me ha llamado. La hija de Dubré está ahora en una pensión llamada Marie. La vigilemos adecuadamente. Os lo aviso para que no hagáis tonterías. Consultadme siempre. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Espero informes sobre ese sujeto, que, al parecer, según Rehaus, puede ser el que le partió la cara a Rivet. Sólo informes. No lo perdáis de vista, y llamad cuando haya algo nuevo.

—Sí, lo haremos..., señor.

La comunicación se cortó, y Carlo guardó la radio, silbando por lo bajo.

—No quisiera estar en el pellejo de Dubré —aseguró.

—Pues yo no quisiera estar en el pellejo del jefe, y de otros

muchos, si Dubré consigue salir vivo de Francia. Ni siquiera quisiera estar en mi pellejo.

Quedaron los dos silenciosos, un tanto sombríos. Por delante de ellos, el descapotable del buen Jacques. Durante diez minutos más, siguieron tras él, hasta que, por fin, el coche se detuvo, delante de una casa. No salió nadie del coche hasta un par de minutos más tarde. Y quien salió entonces fue la rubia chica del club nocturno, sola. Fue hacia, el portal, abrió, entró, y entonces el descapotable se alejó; naturalmente, con Jacques al volante.

Carlo y Jofré cambiaron una mirada de estupefacción.

—¿Tú entiendes esto? —masculló el primero.

—En absoluto. Voy a ir detrás de ese tipo... Echa un vistazo a la casa, y avisa al jefe de lo ocurrido. A ver si él, que es más listo, comprende algo.

Carlo miró el número de la casa, y luego en la esquina, el nombre de la calle. Sacó la radio de bolsillo, y llamó.

—¿Qué hay? —Oyeron enseguida.

—Carlo, señor. Ese tipo, el rompenarices... Ha llegado con la rubia que sacó del *Crick-Crack* Club, a una casa, ella ha salido del coche y ha entrado en la casa, y él ha seguido con el coche.

—¿No ha subido con ella?

—No, señor. La dirección es veintiocho, Rué de Lioners.

Todo un largo minuto tardó en oírse de nuevo la voz baja y profunda del otro hombre a través de la radio:

—Seguid al sujeto: nosotros nos encargaremos de esa rubia. Colocaré allá a Groves y Mayer, para que la vigilen.

—Sí, señor: seguimos tras el sujeto.

CAPÍTULO V

El sujeto volvió a recorrer toda Niza, cruzándola para enfilear la Nacional 7... Pero apenas habría recorrido un kilómetro dio la vuelta al coche, y emprendió el regreso, hasta encontrar la bifurcación que llevaba al aeropuerto. Para entonces, había echado ya la capota del coche, de modo que no podía vérselo. Conducía despacio, sin prisa alguna, como si estuviese dando un bello paseo junto al mar...

Pero, de pronto, aceleró.

Jofré lanzó una maldición, y apretó el pedal del gas, haciendo saltar el coche bruscamente, dando principio a una velocísima persecución.

—¡Maldita sea...! ¡Ese tipo se ha dado cuenta de que lo estamos siguiendo, y quiere despistarnos!

—Tiene que ser un as del volante para dejarnos atrás con ese coche —masculló Carlo—. ¡Pégate a él! Puesto que ya se ha dado cuenta, no importa.

La persecución fue digna de una película, de lo más trepidante.

A toda velocidad, llegaron al aeropuerto de Niza, dieron un par de vueltas por las pistas de servicios, cruzaron varias veces la zona de estacionamiento, abandonaron éste, tomaron la ruta hacia Cannes, se metieron en un bosque de pinos donde ambos coches resultaron profusamente abollados, regresaron a la carretera de nuevo hacia Niza, pasaron otra vez por el aeropuerto, enfilearon la prolongación de Promenade des Anglais, volvieron a meterse en un bosquecillo de pinos...

Y de pronto, las luces del coche perseguido se apagaron. Todas. En un instante, fue como si el coche conducido por el sujeto hubiese desaparecido, tragado por la noche. Jofré lanzó su milésima

maldición, frenó, y encendió las luces largas..., que iluminaron el otro coche, detenido entre unos pinos, de lado.

—¡Ahí está! ¡Ese tipo...!

—¡Debe haber salido del coche, lo quiere abandonar y despistarnos a pie! ¡Vamos a por él!

Saltaron los dos del coche, empuñando sus pistolas, y echaron a correr hacia el otro, lo suficientemente iluminado para que pudiese evidenciar que el sujeto ya no estaba allí. Llegaron jadeando, y tras un rápido vistazo para asegurarse de que el rompenarices no estaba allí, miraron alrededor, furiosos... Como a cincuenta o sesenta metros, Jofré distinguió una sombra cruzando una zona iluminada por la luna.

—¡Por allí va!

Echaron a correr, tropezando continuamente..., pero el sujeto tampoco lo estaba pasando demasiado bien, ciertamente, ya que incluso en un par de ocasiones le vieron caer de bruces.

—¡Mal... dito sea! —jadeó Carlo—. ¡Corre como... un gato!

—Se nos va a escapar —jadeó también Jofré—. ¡Le voy a parar los pies!

Alzó la mano armada, y apretó el gatillo.

Plop, se oyó al mismo tiempo que la roja pincelada de fuego taladraba la oscuridad.

Plop, plop, disparó también, con silenciador, Carlo.

Más allá, de pronto dejó de verse la sombra. Y dejó de oírse el rumor de la marcha de un hombre corriendo. Jofré y Carlo quedaron inmóviles, todavía con los brazos extendidos, listos para disparar de nuevo. En alguna parte se oía el chirriar de insectos, y de la carretera llegaba, amortiguado, el zumbido de los motores de dos o tres coches...

—Parece que le hemos dado.

—Vamos a ver... Pero con cuidado. Maldita sea, si lo hemos matado, el jefe nos va a decapitar. Habría sido mejor...

Una pincelada roja apareció de pronto en la oscuridad, por delante de ellos. Jofré lanzó un alarido, se llevó las manos al vientre, y cayó de bruces, donde quedó tendido, encogido, gimiendo. Carlo había saltado hacia un lado, cayendo de rodillas, para tenderse del todo inmediatamente. A su derecha oía los gemidos de Jofré... Pero muy pronto dejó de oírlos. Se estremeció

fuertemente. Sí, era un gato lo que habían estado...

A su izquierda, de pronto, algunos arbustos se agitaron. Carlo lanzó una exclamación, giró en el suelo, y disparó hacia allí a toda prisa: plop, plop, plop...

Vio perfectamente otra pincelada roja, no hacia su izquierda, sino hacia su derecha.

Y eso fue todo. No tuvo tiempo para nada más, porque la bala le llegó justo al centro de la frente, y murió en el acto. Quedó tendido de bruces, con la mano agarrotada en la culata de la pistola.

A su derecha volvieron a moverse unos arbustos. Luego, a su izquierda, cada vez más cerca. Luego, detrás... Pero ni Jofré ni Carlo, expertos asesinos profesionales, podían reaccionar, porque, verdaderamente, estaban muertos.

Y medio minuto más tarde, todavía con precauciones, el sujeto apareció por detrás de unos arbustos, pistola en mano. Se acercó primero a Jofré, y le dio la vuelta con un pie. Luego, hizo lo mismo con Carlo. Movi6 la cabeza, mientras se oía el sonido de su lengua, el chasquido que expresaba disgusto.

—Hice bien en tomar la pistola —dijo, de pésimo humor—. Con tipos como vosotros no hay que andarse con remilgos.

Se alejó, hacia donde Carlo y Jofré habían dejado su coche. Regresó con el vehículo, que rebotaba y saltaba como una barquita en alta mar. Metió a los dos hombres en el coche, en el asiento delantero, cuidando de no mancharse de sangre, dejándolos sentados. Dio la luz del interior del coche, y los registró. Dinero, tabaco, pañuelos, llaves, encendedor... Todo corriente, excepto las dos pequeñas radios de bolsillo. Se quedó mirándolas ceñudamente. Luego, las dejó en los correspondientes bolsillos, tras limpiar con exquisito cuidado sus posibles huellas dactilares, apagó la luz, y se sentó en el suelo.

—No estoy nada satisfecho —pensó el buen Jacques—. En absoluto. Pero ellos empezaron a disparar, y yo tenía que despiatarlos fuese como fuera. ¿Qué demonios hago yo ahora?

Lo que hizo, tras cinco minutos de permanecer pensativo, fue ponerse en pie, regresar a su coche, y marcharse de allí.

No iba a ganar nada quedándose allí, ciertamente.

CAPÍTULO VI

Lo primero que Mimi La Belle pensó al despertarse cuando sonó el despertador, fue que iba a ganar nada menos que cincuenta mil francos. Bueno, no tantos, porque tendría que pagar a los demás, pero..., ya se las sabría arreglar para quedarse con la mejor parte, por supuesto.

Todavía tenía el timbrazo del despertador como incrustado en los oídos. No estaba acostumbrada a aquello... Ella estaba acostumbrada a acostarse tarde, dormirse aún más tarde, y despertar cuando el cuerpo ya no le pedía más sueño. Así que, en verdad, se horrorizó cuando vio la hora que señalaba el reloj: las diez de la mañana.

—Las diez —suspiró—. Bueno, todo sea por el dinero...

Salió de la cama, tambaleándose de tanto sueño, y se metió directamente en la ducha, dispuesta a soportar el agua fría, a ver si conseguía despejarse del todo.

Y en eso estaba cuando oyó el timbre del apartamento. Sí, del apartamento, no del teléfono, ni del despertador.

«Debe ser ese chiflado», pensó.

Se envolvió con la gran toalla de baño, y, dejando un reguero de agua, llegó hasta la puerta. Compuso una de sus «dulces» sonrisas profesionales, y abrió, diciendo:

—Adelante, mi querido amor. He...

Fue una bofetada tan tremenda, que Mimi La Belle salió volando hacia el fondo del recibidor-salita-comedor, perdió la toalla, casi le saltaron los dientes, y cuando vino a darse cuenta, pudo pensar que estaba perdiendo la húmeda cabellera, tan fuerte era el tirón que estaba recibiendo.

Ardiendo la cara, desnudita, con los ojos fuera de las órbitas, y

notando una enorme brasa en la mejilla golpeada, Mimi La Belle se encontró con el siguiente panorama: un hombre estaba arrodillado junto a ella sujetándola por los cabellos; otro hombre estaba apoyado en la puerta, de nuevo cerrada; y un tercer hombre, de pie ante ella, la apuntaba con una espantosa pistola de cañón muy gordo y largo en el extremo.

—Lo de «querido amor» ha estado muy bien —dijo el hombre que se apoyaba en la puerta—. Llévala para adentro, Mayer.

El bestia llamado Mayer la levantó tirando de los cabellos, la empujó hacia el interior del apartamento, y la tiró sobre la cama de un puntapié en la parte de atrás.

Aterrada, absolutamente muda del más puro espanto, Mimi La Belle se volvió, y lanzó un gritito cuando el hombre de la puerta, el único que parecía saber hablar, le tiró a la cara la toalla.

—Toma, ponte eso, no sea que te resfríes.

Temblando, y no precisamente de frío, Mimi se envolvió en la toalla, y se quedó mirando a los tres hombres. El animalote de Mayer quedó junto a ella, mientras los otros dos se daban una vuelta por el apartamento. Brevísima vuelta, por fuerza, ya que era en verdad reducido.

—Eres una nena muy limpia —dijo Mayer—. Porque ya sabemos que las nenas limpias se bañan o se duchan todos los días. Pero aún puedes quedar más limpia si, por ejemplo, te arrancamos la piel. ¿Te gustaría?

Mimi no podía responder. Sentía una cosa extraña en la garganta: igual que si estuviese congelada. Sí, eso debía ser.

—Me parece que no te gustaría —sonrió Mayer, alzó la voz—. Oye, Groves, me parece que no le gustaría que le hiciésemos eso de la piel.

Reaparecieron los otros dos.

—Bueno —dijo el de la pistola—, eso no creo que le pueda gustar a nadie. Pero a veces, hay que hacerse.

—Eso es —asintió Mayer, dándole una palmada a Mimi en una mejilla, amistosamente—: a veces, se tiene que hacer.

—Pero no siempre —reflexionó Groves, muy metódico—. Si las nenas se portan bien, no se les quita la piel con una navaja. ¿Has traído la navaja, Mayer?

Mayer sonrió ampliamente, con la suficiencia y la felicidad de

un niño; sacó una enorme navaja, y la abrió ante los siempre desorbitados ojos de Mimi.

—Precisamente —dijo con tono cariñoso—, ayer mismo la afilé. Corta que da envidia. ¿Y si primero le corto las orejas? Las orejas molestan para eso de quitar la piel, Groves. Y la nariz.

—Pues córtale las orejas y la nariz —dijo plácidamente Groves—. Pero sin brusquedades, Mayer: con ternura.

La cabeza de Mimi La Belle estaba dando vueltas, y sentía el frío más espantoso de su vida. Por un instante, se vio a sí misma, sin orejas, con la nariz cortada. Imposible presentarse en el *Crick-Crack* Club de semejante modo, claro... Ni siquiera pudo moverse cuando, de un tirón, Mayer le quitó la toalla que la cubría. Al borde del desmayo, vio la navaja acercándose, notó el frío del acero en su piel...

—Espera —dijo el tercer visitante—. A lo mejor, la chica estaba dispuesta a ser amistosa, y entonces no habría necesidad de nada de eso. ¿Cómo te llamas, guapa?

Mimi La Belle tragó saliva varias veces, y, por fin, pudo tartamudear:

—Jeanne... Dubois... ¡Jeanne Dubois!

—Bueno —el tercer hombre se acercó, con una de las sillitas del dormitorio, y se sentó junto a la cama—. Está muy bien, Jeanne. ¿Tú quieres que seamos buenos amigos?

—Sí... ¡Sí, sí, sí!

—¿Lo ves, Mayer? —Le miró el otro un instante—. Ella prefiere ser amiga nuestra. Y, como a los amigos no hay que andarles con secretos, vamos a decírselo todo a Jeanne. ¿Me oyes, joven y bella Jeanne?

—Sí, sí...

—Eso está bien. Si no me oyeses, querría decir que eres sorda. Y a los sordos, que yo sepa, no les sirven de nada las orejas. De acuerdo. ¿Qué sabes de las muertes de Carlo y Jofré?

—¿De... de... de las... las...?

—¿No lo sabes?

—Yo no... no... no... no... sé de qué...

—Te lo explicaré. Anoche, dos amigos nuestros, llamados Carlo y Jofré, se dedicaban a seguir a un tipo que tú conoces: es alto, tiene cara de golfo, rubio... ¿Sí?

—Debe..., debe ser Jacques...

—Ah. Muy bien. Pues ese Jacques, según nosotros pensamos, se ha cargado esta noche a Carlo y Jofré. Los han encontrado esta mañana, más bien temprano, metidos en su coche, cerca de la carretera. La última noticia que teníamos de ellos era que iban detrás de tu amigo Jacques después que éste te dejó aquí. Al principio, pensamos en ir a pedirle cuentas a Jacques, pero lo pensamos mejor. Y como Mayer y Groves estaban vigilándote a ti, y parecía que todo estaba en calma por este lugar, decidimos venir: siempre es menos peligroso que vérselas con sujetos como Jacques. ¿Vas comprendiendo?

—No... no sé... No lo sé... Ni sé dónde está Jacques, porque él...

—Oh, eso lo sabemos nosotros. Tenemos allá, vigilando a otra muchacha, a un amigo llamado Rehaus, quien nos avisó que, hacia las cinco y media de la madrugada, Jacques regresó a la Pensión Marie, y ya está. Y allí sigue. Eso nos mosqueó un poco, y como los dos amigos nuestros, Jofré y Carlo, no nos llamaban, pues..., empezamos a pensar que podía haberles ocurrido algo malo. ¡Y vaya que sí! ¿No lo sabías?

—¡No!

—Pero eres amiga de Jacques, ¿verdad?

—No, no, no... ¡No le conocía hasta anoche, nunca le había visto antes!

El tercer hombre se quedó mirando fijamente a Mimi La Belle, por buen nombre Jeanne Dubois, seguramente hija de honrados padres; pero así es la vida.

—De modo que anoche fue la primera vez que le viste... Puede ser cierto. Pero todo esto es extraño. El te trajo aquí en su coche descapotable, y, en lugar de subir a hacerte compañía para que no tuvieses miedo durante la noche, te dejó en el portal y se fue. ¿Adónde fue, Jeanne?

—No lo sé... ¡Se lo juro!

—¿No sabes lo que hizo desde que te dejó hasta que a las cinco y pico de la madrugada regresó a la pensión Marie..., después de matar a Carlo y Jofré?

—¡No!

—Veamos: ¿qué es lo que sabes de él, entonces?

—Nada... ¡Nada! Bueno, él vino a... a contratarme. Quiere

que... que vayamos a una fiesta...

—¿Quiénes han de ir a esa fiesta?

—Yo, y algunos amigos míos. Muchos amigos. Me dijo que tenía que reunir a muchos amigos míos, que se vistiesen muy bien, y que estuviesen preparados para asistir esta noche a una fiesta en una villa... Dijo que cuantos más fuésemos, mejor.

—¿No te parece extraño todo esto?

—Me... me pagó por ello. Me dio... un anticipo sobre el dinero que pensaba pagarme, para que yo pagase a mis amigos que acudiesen a la fiesta de esa villa...

—¿Qué villa?

—No lo sé. El... él me dijo que me llamaría esta tarde, después de las cinco, para saber si tenía a todos mis amigos preparados y que si así era, me diría adónde teníamos que ir todos.

—¿Y qué objeto tiene esa fiesta?

—No lo sé... Sólo tenemos que ir allá yo y cuantos más amigos y amigas pueda contratar mejor. Habrá música, champán, canapés... Todo eso. Tenemos que ir allá, estar un rato, y marcharnos. Eso es todo lo que me dijo.

—Es lo bastante extraño para que te crea —recapitó el tercer hombre—. Dime, Jean: ¿ese Jacques, es francés?

—Claro.

—¿Tú eres francesa?

—Claro.

—¿Y estás segura de que ese Jacques es francés?

—Claro.

—Pues si tú lo ves tan claro, no seré yo quien lo dude. ¿Sabes algo de unos americanos?

—No... Yo no sé nada, sólo sé que iba a ganar unos miles de francos, y...

El tercer hombre hizo un perentorio gesto con la mano y Mimi La Belle lo interpretó exactamente, de modo que se calló. Durante un par de minutos, el tercer hombre estuvo silencioso, reflexivo.

Por fin, preguntó:

—¿Cuánto te paga Jacques, Jeanne?

—Cin... cincuenta mil francos... para todos...

—No está mal. ¿Quieres añadir otros cincuenta mil a tus beneficios particulares o... prefieres que te cortemos la cabeza,

pongo por caso? Contesta.

—Yo... yo prefiero lo... los otros... cincuenta mil...

—La ambición bien entendida es digna de todo elogio. Entonces, Jeanne, vamos a entendernos rápidamente. Vas a hacerte cuenta de que nosotros tres no hemos estado aquí: te pones un buen maquillaje y no se te notará la bofetada de Mayer. Luego, te dedicas a hacer exactamente lo que te pidió anoche tu amigo Jacques. Exactamente lo que él te pidió, sin el menor fallo. ¿Comprendes? Luego, cuando ya hayas organizado tu grupo, te pones a esperar a que Jacques te llame después de las cinco. Le dices que sí, que todo está listo, y que tú y tus amigos sólo estáis esperando que él te diga adónde tenéis que ir a esa fiesta. ¿Verdad que eso es fácil?

—Sí..., sí, señor, sí.

—¿Ves, mujer? Todo tiene arreglo en esta vida... Bueno; después que Jacques te diga adónde tenéis que ir todos, tú tomas este aparatito —le tendió una radio de bolsillo—, aprietas este botón, y oirás una voz cariñosa que te preguntará qué quieres. Tú dices que eres Jeanne, y a continuación, mencionas la dirección de ese lugar donde se va a dar la fiesta. Finalmente, te unes con tus amigos y vais todos allá. ¿Verdad que es fácil?

—Sí, señor.

—Pero escucha bien esto, Jeanne: si haces las cosas así, tendrás cincuenta mil francos más, tu piel y tu vida, además de tus orejas, tu nariz y tus ojos. Si no lo haces así, o nosotros comprendemos que esa fiesta se ha suspendido porque tu boca se ha abierto demasiado, te quedarás sin dinero, sin piel, sin ojos, sin orejas y sin nada. ¿Lo entiendes?

Jeanne Dubois quiso decir «sí, señor», pero sólo le salió una especie de maullido.

—Eso es —sonrió el tercer hombre—. Tú ya has comprendido. También debes haber comprendido que Jacques no debe darse cuenta de que te hemos... convencido para que seas simpática con nosotros, claro. Tú, tranquila, como si todo fuese estupendamente. ¿Sí?

Mimi La Belle asintió con la cabeza. Entonces, el tercer hombre le dio un manotazo arriba, le guiñó un ojo, se puso en pie, y salió del dormitorio, seguido de los otros dos. Tendida en la cama, desnuda, helada de miedo, y cada vez más ardiente su mejilla y más

doloridos los dientes, Mimi tardó no menos de cinco minutos en reaccionar, pensando, calculando..., antes de concluir sus pensamientos de este modo:

—Ya me he metido en otro lío. ¡Puerca vida...!

CAPÍTULO VII

—¿Crees que esa puerquita nos va a servir de algo, Vittorio? —preguntó Mayer.

Vittorio, el tercer hombre, frunció el ceño al mismo tiempo que sonreía secamente. Acababan de entrar los tres en el coche asignado a Groves y Mayer para poder vigilar cómodamente a Mimi La Belle.

—Lo hará... —aseguró—. Conozco bien a esa clase de golfitas. Sólo hay dos cosas que les interesa en la vida. Una de ellas, es su propia vida, y la otra, el dinero. En cuanto a dinero, le hemos prometido más. Y en cuanto a su vida, sabe muy bien que no hemos estado bromeando. Por último, a ella debe importarle bien poco ese Jacques... y en cambio, como ya digo, se ama muchísimo a sí misma. Vosotros, de todos modos, no la perdáis de vista. Yo iré a ver al jefe, para ponerlo al corriente.

Mayer y Groves asintieron con la cabeza, mientras el segundo preguntaba:

—¿Qué crees que está tramando ese tipo, el tal Jacques?

—Sacar a Maurice Dubré de Niza.

—¿Sacarlo? Pero si aún no ha llegado...

—Ése ha sido nuestro error. Pudimos controlar a la hija, pero no a él... Es más listo, claro. Y al Ver a la hija sin el padre, creíamos que él todavía no había llegado a Niza... Pero sí llegó. Está escondido. Si en lugar de colocar hombres en coche y helicópteros y lanchas vigilando la periferia de la ciudad, hubiésemos atacado directamente a la hija, ya tendríamos a Dubré.

—Podemos ir ahora mismo a ver a esa chica y...

—No. Ya no, Groves. Se pueden hacer las cosas mucho más discretamente, más... descansadamente. Y será gracias a la golfita Jeanne.

—Bueno... Tú eres uno de los jefes de grupo, y tienes que ser más listo —murmuró Mayer—, pero nosotros no entendemos nada.

—Ya os digo que Dubré está en Niza. Y ese Jacques, que parece un sujeto muy listo, ha tenido una gran idea: contrata a la golfita para que ésta reúna una buena cantidad de amigos y vayan a una fiesta. Con toda seguridad, en el sitio donde den esa fiesta, estará Dubré. Se da la fiesta, y ya muy tarde, los... juerguistas deciden continuar la diversión en otro sitio, así que... toman sus coches, y se van hacia... Montecarlo, por ejemplo. Dubré va en uno de los coches. Ahora, imagínate a nuestros compañeros que están vigilando la periferia, que ven pasar tres, cuatro, o siete coches llenos de tipos y nenas que van cantando, alegremente, con ganas de divertirse... ¿Crees que pensarían que Dubré iba entre esa gente? Pero hay más aún: de noche, a pesar de estar situados en lugares estratégicos, no podrían distinguir a Dubré en uno de los coches. Sí lo podrían hacer si fuese solo, o con uno o dos hombres más... Pero en esas condiciones, seguramente les pasaría por delante de las narices sin que pudiesen hacer nada.

—Vaya... Pues es muy listo ese Jacques, ¿no te parece?

—Demasiado —sonrió Vittorio—. Pero nosotros tampoco somos tontos del todo. Así que vamos a permanecer tranquilos, esperando que Jeanne llame por la radio y nos diga la dirección después que Jacques la llame hacia las cinco de la tarde para comunicársela. Entonces, nosotros tomaremos parte en la fiesta... discretamente. Muy discretamente.

—¿Y si todo es un truco, precisamente, para llevarnos a la fiesta, mientras Jacques y la hija de Dubré se van a otro sitio a buscar al padre de ella?

—Estarán todos vigilados. Y si lo de la fiesta no da el resultado que yo creo, tendremos una entrevista con Jacques y la muchacha. Ya basta de tonterías.

—Eso me gusta más —sonrió Mayer—: tengo ganas de pasarle la factura a Jacques por lo de Jofré y Carlo.

—No dejará de pagarla —dijo fríamente Vittorio—. A menos que se nos escape. Y por lo que dijeron Rivet y Klowe después de ver lo que pasó en el café La Fleur, el amigo Jacques es una ardilla para esas cosas. Parece que unos tipos querían algo de él, y los dejó como tontos. Bien... No descuidaros. Yo me voy a ver al jefe.

Salió del coche, y se fue al suyo, estacionado un centenar de metros calle arriba. Se colocó ante el asiento, frunció el ceño, y sacó la radio de bolsillo, efectuando la llamada.

—¿Qué hay? —Oyó enseguida.

—Soy Vittorio, Rehaus. ¿Cómo va eso? ¿No han salido la hija de Dubré y su amigo?

—No. Pero creo que tienen visita.

—¿Visita?

—Juraría que los dos tipos que han entrado hace unos minutos, son los dos americanos que se entrevistaron con la chica en el café La Fleur. Han llegado en un coche.

—Maldita sea... Si los americanos intervienen, la cosa se va a complicar mucho.

—¿No habíamos dicho que no se atreverían a meterse en el lío? Sería muy comprometedor para ellos enfrentarse a...

—Rehaus: si alguien debe tener verdadero interés en cazar a Dubré, son los americanos. El FBI haría milagros con sus informaciones, tanto en Estados Unidos como en Europa... Nos destrozarían la organización en menos de una semana. Eso bien vale correr un poco de riesgo, ¿no te parece?

—Pero teniendo en cuenta que hay policías franceses de los nuestros en esto, les resultaría tan comprometido que...

—Voy para allá. Tengo ganas de verles la cara a esos americanos.

* * *

Los dos tenían cara de estar pasándolo muy mal. Casi ni se atrevían a mirar a Charlotte Dubré, que sí los miraba a ellos, con los ojos muy abiertos.

—Entonces... ¿no van a ayudar a mi padre?

—Señorita Dubré, ya le dijimos que teníamos que consultar con París, y París con Washington. Ni siquiera ha hecho falta esta última consulta: desde París nos dicen que abandonemos el asunto, que regresemos inmediatamente.

—Oh, Dios mío...

—Lo sentimos de veras —masculló Brandon—. Pero, entiéndalo bien: nosotros tenemos que obedecer las órdenes. Sólo somos...

—¿Para qué se han molestado en venir aquí, entonces? Si no van a ayudarme, no debieron molestarse.

—Bueno... La llamamos a su hotel, y allá nos dijeron que usted había dejado una dirección para nosotros, así que... decidimos venir para saber si usted estaba bien, y...

—¿De verdad se han preocupado por mí? —preguntó Charlotte, con claro sarcasmo.

—Usted no quiere entender, señorita Dubré. Nosotros no podemos hacer nada si nos ordenan que regresemos a París. Ya le dijimos desde el primer momento que era una situación demasiado comprometida para el FBI. En Estados Unidos habríamos hecho lo que fuese, pero aquí...

«Pom, pom», oyeron los golpes en la puerta, y la voz a través de ella:

—¿Se puede?

Los dos agentes del FBI se sobresaltaron, pero sólo un instante. Luego, miraron a Charlotte vivamente, interrogantes.

—¿Espera a alguien? —susurró Forrest.

Ella les miró despectivamente, y fue a abrir. Jacques apareció, sonriente, con la boca abierta para decir algo. Y se quedó así, mirando a Brandon y Forrest.

—Vaya —dijo por fin, cerrando la puerta de un taconazo—: parece que vamos a tener ayuda, princesa.

—Ni mucho menos —susurró ella—. Mis «amigos» han venido a decirme que no debo contar con ellos.

—Oh, qué par de valientes —se admiró Jacques.

—¿Qué pinta este sujeto en todo esto? —refunfuñó Brandon cuando pudo salir de su asombro—. ¿No es el que en la terraza del café La Fleur...?

—El va a ayudarme —dijo Charlotte.

—¿Está bromeando? —exclamó Forrest—. Vamos, señorita Dubré, vamos...

—Oiga, ¿qué le pasa a usted? —Se adelantó belicosamente Jacques—. ¿Cree que no tengo las suficientes agallas? Al menos, está bien claro que tengo más que ustedes. Si yo fuese...

—Mire, amigo, no se meta en esto —cortó Forrest—. No estamos de humor para escuchar idioteces. Señorita Dubré...

—¿A quién ha llamado idiota? —cortó, cada vez más

agresivamente Jacques, sujetando a Forrest de una manga.

El agente del FBI miró la manaza sobre su manga. Luego, fríamente, al buen Jacques.

—Quíteme esa zarpa de encima, joven: no se busque complicaciones.

—Es mejor que le haga caso —dijo humildemente Brandon—: hoy estamos de un humor muy apto para partir caras, muchacho.

—¿Sí? ¿Y qué cara piensan romper? ¿La mía?

—Podría ser. Pero no vale la pena. Vámonos.

Forrest encogió los hombros, y quiso caminar hacia la puerta en pos de Brandon, pero la mano de Jacques seguía sujetando su manga, y había en la expresión del caradura una especie de pitorreo provocativo. Forrest frunció el ceño, y sin más, disparó su puño hacia el estómago de Jacques. Fue un trastazo velocísimo, imparable, y el buen Jacques se quedó encogido, doblado sobre sí mismo, con los ojos muy abiertos... Un trallazo cruzado en la punta de su petulante barbilla lo dejó sentado en el suelo, oyendo piar de pajarillos en el interior de su cabeza, y toda una serie de nubes negras delante de los ojos.

Brandon abrió la puerta tranquilamente, y Forrest, soplándose los nudillos se fue hacia allá. Salieron ambos y, desde el pasillo, Forrest todavía dijo:

—Debería usted buscarse mejor compañía. Adiós, señorita Dubré... Y créame que lo sentimos mucho.

El mismo cerró la puerta. Charlotte volvió la mirada hacia Jacques, que seguía sentado, pero, al parecer, regresando rápidamente a la vida real.

—¿Qué... qué ha pasado? —graznó.

—Me parece que le han dado un par de golpes.

—¿A mí? ¿A mí me han atizado?

—Yo diría que sí.

Jacques se puso en pie, y movió la mandíbula inferior, con todo cuidado, acariciándosela exquisitamente, fruncido el ceño. Y aún lo frunció más cuando vio a Charlotte recoger su bolso, mirar alrededor, y dirigirse hacia la puerta.

—¡Eh! ¿Qué hace? —masculló.

—Me voy, señor Barteau.

—¿Se va? ¿Adónde?

—Con mi padre. Tengo la impresión de que estamos solos él y yo en el mundo... En un mundo deprimente. Me pregunto si vale la pena permanecer en él.

—¿Qué está tratando de decir?

—Me voy con mi padre. Si han de matarle, yo estaré con él.

El buen Jacques dejó de sentir inmediatamente el dolor de los golpes. Palideció un poco.

—¿Está loca? —exclamó.

—Lo he estado, por confiar en un hombre como usted. Adiós, señor Barteau.

Reanudó la marcha hacia la puerta, pero Jacques se colocó ante ella, y la tomó por los brazos.

—Un momento, princesa —susurró—. Me parece muy fatalista su decisión, pero, vamos a aceptarla. Aunque, con una ligera variante. Ya que parece dispuesta a morir. ¿Por qué no lo hace de modo que valga la pena?

—No le entiendo.

—Estoy invirtiendo cincuenta mil francos en esta... operación, y no quisiera perderlos estúpidamente. Hagamos un trato: si todo sale bien, sacaremos a su padre de Niza esta misma noche, y en tal caso, usted me reembolsa esos cincuenta mil francos, Si todo sale mal, la dañamos los tres juntos: usted, su padre y yo.

—Creo que es usted el que está loco... Suélteme: no quiero tratos con un sujeto como usted, señor Barteau. Prefiero...

—¿Qué le pasa? ¿Está celosa? —sonrió Jacques.

—¿Qué?

—Vamos... ¡No me diga que está celosa de Mimi La Belle, princesa!

Charlotte abrió la boca dispuesta a soltar un torrente de protestas, pero se quedó callada. Su barbilla comentó a temblar, y Jacques la abrazó, sin que ella reaccionase.

—Vamos, vamos, princesa... Me gusta muchísimo más tu *strip-tease* que el de ella. Por cierto, que hoy no hemos tenido función, y eso habría que arreglarlo, ¿no te parece? Aunque quizá sea mejor pensar en cosas más serias. Por ejemplo: no debes prescindir de mi valiosísima ayuda, sólo porque tengas celos de una... cabaretera, ¿no te parece? ¿O no tienes celos?

La apartó, y se quedó mirándola. Charlotte se mordió los labios,

bajó los ojos, y asintió con la cabeza. Jacques sonrió, estirando su bocaza de oreja a oreja.

—Vaya... ¿Qué te parece? La Princesa y el Vagabundo... ¿No crees que esto tiene gracia?

Charlotte movió negativamente la cabeza. No. Para ella no tenía ninguna gracia haberse enamorado tan tontamente del buen Jacques, el grandioso caradura... Ninguna gracia.

—Pues yo sí creo que tiene gracia. Y ahora, las cosas se presentan muy diferentes. Mi tarifa de precios va a cambiar: además de otros cincuenta mil francos, quiero tu mano..., y todo lo que está después de la mano. Así que te diré cuál es el programa para hoy: nos dedicaremos a pasear, recoger un paquete, a las cinco haré una llamada telefónica, a las siete iremos a una fiesta a la que asistirá tu padre, puesto que está allí, y luego, nos escaparemos los tres juntos, nos pondremos a salvo, tú y yo nos casaremos, y seremos felices para siempre. Amén.

—Jacques... —sonrió crispadamente ella—. Tú no entiendes bien esto... No soy una princesa, como tú dices. Mi padre es un delincuente. Aunque consiguiésemos escapar, nuestro futuro no sería precisamente maravilloso...

—Voy a casarme contigo, no con tu padre —sonrió él—. Por otra parte, si él es un delincuente, creo que tiene más motivos para que me acepte en la familia: le sentaré bien.

—Jacques: si pudiésemos escapar, mi padre quiere entregarse al FBI americano. No. Puede hacer otra cosa.

—¿El FBI? ¿Qué tiene que ver el FBI con todo esto?

—Esos dos hombres que han estado aquí son del FBI. No aceptan ayudarnos, porque la cosa está muy complicada. Se van. No podremos hacer nada nosotros solos. Pero si escapamos, iremos a Estados Unidos, a entregarnos.

—Pero, bueno, ¿cuál es tu delito? ¿Contrabandista de hermosura?

Ella no pudo contener una temblorosa sonrisa, y a Jacques Barteau sus labios le parecieron más hermosos y dulces que nunca. De modo que la abrazó, y los besó, largamente, profundamente... Charlotte quedó colgada de su cuello, correspondiendo al beso, de tal modo que cuando se separaron, el buen Jacques tenía la impresión de que le habían nacido alas, y el mundo era de color

rosa subido.

—Jacques...

—Nena —cortó él, resueltamente—: yo no me pierdo esto para el resto de mi vida, así que allá vamos. Haremos lo que yo diga. Y te aseguro que cuando Jacques Barteau hace un plan, ni el demonio tiene agallas para estropeárselo. ¿Te apuestas un beso? ¿Sí? ¡Pues has perdido!

Y volvió a besarla.

* * *

—¿Besándose? —Se pasmó uno de los cuatro hombres sentados en el lujosísimo salón.

Vittorio asintió con la cabeza, sonriendo. Su mirada iba de un lado a otro de los cuatro importantes personajes. Importantísimos. Uno había llegado de París, otro de Ginebra, otro de Londres, otro de Roma... La alarma había cundido de tal modo en la organización que habían movilizado grandes recursos, grandes... inteligencias. Nada menos que cuatro de los más importantes jefes habían llegado a Niza para dirigirlo todo en busca de una solución tranquilizadora.

—Sí, señor —dijo Vittorio—: Besándose.

—Pero... ¿qué clase de sujeto es ése?

—Desde luego, no es ningún angelito —frunció el ceño Vittorio—. Estamos seguros de que fue él quien se cargó a Carlo y Jofré, pues ellos habían sido encargados de vigilarlo. De todos modos, es un don nadie, un aventurero, un oportunista... ¿Qué otra cosa? Ha olido dinero, o algo que le conviene, y está... jugando su baza: Lo podríamos aplastar con un dedo si no fuese porque nos interesa que siga moviéndose.

—Si todos sus movimientos consisten en pasear por Niza besándose con la hija de Dubré —intervino el hombre de Londres—, no me parece que merezcan nuestro interés.

—Sus movimientos tendrán interés a partir de las cinco de la tarde, estoy seguro —sonrió de nuevo Vittorio—. Tenemos detrás de él nada menos que tres coches, que se van turnando, y me van informando por los radios de todo lo que hace. Ya sé, ya sé... Eso de que se vaya besando con la hija de Dubré no nos interesa, pero insisto en que hacia las cinco, tendremos una llamada por radio

muy interesante.

—¿La de esa Jeanne Dubois?

—Así es. Ella sabe lo que le conviene. En cuanto sepamos dónde va a ser la fiesta, será tanto como saber dónde está Maurice Dubré. Entonces podemos atacar y...

—Ni hablar de eso —cortó el hombre de Roma—. Maldita sea, Vittorio: ¿así has aprendido a trabajar a mi lado?

—No comprendo, señor. Bien hay que eliminar a Dubré, ¿no?

—Pero nada de atacar a lo bestia —refunfuñó el hombre de Roma.

—Bueno, no lo había pensado así, claro que no. Usted sabe que yo también soy partidario de hacer las cosas con elegancia. Lo que quería decir...

—Está bien, te entiendo. Pero a mí se me está ocurriendo algo mucho mejor que atacar, sea como sea. Si atacamos, siempre hay el riesgo de que, entre el jaleo, Dubré pueda escabullirse. Así que lo que haremos será esperar a que todos los del lugar donde se dé la fiesta abandonen ese lugar. Puesto que no habrá alarma de ninguna clase, ya que nuestros hombres permanecerán bien ocultos y tranquilos, Dubré abandonará ese lugar. Estará con ese grupo contratado por esa mujer a instancias del tal Jacques. Y entonces... no seremos nosotros quienes daremos el alto al grupo, sino la policía francesa.

—¿La policía francesa? Exclamó Vittorio.

—La nuestra, claro —sonrió el hombre de Roma—. Entiendo que tenemos actualmente a nuestra disposición unos veinte hombres de la policía, que están obedeciendo órdenes de nuestro sobornado en Niza, quien, a su vez, los tiene sobornados a ellos... Nuestra red de... servicios es demasiado completa y costosa para que no la utilicemos cuando llega un momento de apuro, ¿no te parece?

—Usted quiere decir que serán policías de verdad, pero que actuarán... como a nosotros nos convenga.

—Evidentemente. Digamos que podrían... detener a todo ese grupo de juerguistas, por escándalo, por ejemplo. En cuanto localizasen a Dubré, lo matarían, y luego dirían que les había parecido que iba a sacar una pistola. ¿Comprendes? No se le haría daño a nadie más... ¿Quién iba a dudar de las palabras de la policía francesa? Y Maurice Dubré, por fin, habría dejado de ser una

preocupación.

Vittorio parpadeó repetidamente. El era jefe de grupo, pero allá tenía a un importante jefe de zona que le estaba demostrando que los escalafones significan algo.

—Es un plan estupendo, señor.

—Me alegra que lo comprendas. Pero, eso no significa que nuestros hombres deban desistir. Permanecerán a la expectativa, vigilantes, por si fuese necesaria su intervención.

—Sí, señor.

—Muy bien... —suspiró el hombre de Londres—. Arreglada esa parte: sólo falta que la chica del club nocturno colabore.

—Lo hará —aseguró Vittorio de nuevo.

—Pues ya sabemos lo que todos tenemos que hacer. Mientras tanto, dejaremos que Jacques siga besando a Charlotte. ¿Nada más? ¿Seguro? ¿Nada que merezca nuestra atención?

—Nada en absoluto. Bueno, recogió un paquete...

—¿Un paquete? ¿Dónde? ¿Qué paquete?

—Pues no sabemos qué contiene ese paquete, claro... Lo tomó de un banco en los jardines de la Place Masséna...

—¿Lo... tomó?

—Sí. Entraron los dos a los jardines, pasearon un poco. Fueron a un banco, se sentaron. En un extremo había un paquete. Los dos estuvieron allá unos minutos, se besaron un par de veces. Luego, al marcharse, Jacques se llevó el paquete.

—Pero... Vamos a ver... ¿Alguien lo dejó allí? Quiero decir, ¿vieron nuestros hombres a quien dejó el paquete?

—No, señor. Ya estaba allí cuando llegaron Jacques y la hija de Dubré.

—¿Cómo era ese paquete?

—Corriente... Más o menos así de grande... —Vittorio separó los brazos unos cincuenta centímetros—. Algo así.

—¿Pudieron dejarlo los dos americanos?

Vittorio volvió a parpadear.

—De ninguna manera. Klowe los estuvo vigilando todo el tiempo. Por la mañana, ellos fueron a la pensión donde están Jacques y la chica. Klowe vio a Rehaus, que los vio llegar y comprendió que aquellos tipos sólo podían ser los americanos. Rehaus recibió posteriormente confirmación de Klowe, que estaba

allí. Luego, los americanos salieron de la pensión y tanto Klowe como yo, cada uno en nuestro coche, los seguimos. Se fueron al aeropuerto, y tomaron el vuelo 209, con destino a París. Sin trucos, lo tomaron. Yo los vi. No pudieron ser ellos quienes dejaran el paquete. Además, ¿por qué hacer eso, si iban a ver horas antes a la muchacha y a Jacques? Podían habérselo llevado entonces, simplemente.

—Sí..., claro.

—¿Qué habías pensado? —preguntó el hombre de Ginebra al hombre de Londres.

Éste encogió los hombros.

—No lo sé. En realidad, nada. Es sólo que me parece demasiado fácil que los americanos hayan abandonado.

—Ellos tienen que haberse dado cuenta muy bien del avispero en que podían meterse. Y, a menos que sacasen con vida a Dubré, no tendrían pruebas para justificar sus acciones en territorio extranjero. Demasiado comprometido. Posiblemente, esos hombres eran del FBI, de la División de Narcóticos... A saber. Pero, desde luego, tendrán que limitarse a trabajar en su país... Bien. Todos preparados en todo momento. Creo que debemos dar por terminada la reunión. Y, Vittorio, continúa asegurándote de que nuestros hombres no pierden de vista a la hija de Dubré y al tipo ése.

Vittorio asintió con la cabeza, y miró su reloj.

—Son ya las cuatro... No tardarán mucho en llamar a la golfa del club nocturno.

CAPÍTULO VIII

El teléfono sonó a las cinco y siete minutos, y Mimi la Belle dio un salto en el sillón, sobresaltadísima, a pesar de que llevaba más de media hora esperando aquella llamada, delante del aparato.

—¿Sí? —susurró.

—...

—Oh, querido amor. Sí, dime.

—...

—Sí, sí, lo he hecho como me dijiste.

—¿...?

—He conseguido reunir veintiocho invitados, entre hombres y mujeres. ¿Es suficiente?

—¡...!

—Gracias, querido. Ah, mira... Bueno, les he prometido mil francos a cada uno, pero como sólo me adelantaste veinte mil, no tengo suficiente para.

—...

—Bien... De acuerdo. Ellos están esperando el aviso. Yo avisaré a unos, éstos a otros a su vez... En menos de cinco minutos todos estaremos al corriente, nos reuniremos e iremos adonde nos digas. Pero el dinero.

—...

—Ah, al llegar a la fiesta. Bueno, está bien... ¿Dónde tenemos que ir?

—...

—Un momento voy a anotarlo. ¿Qué?

—...

—Sí, sí, a las siete. Un momento, querido. —Mimi la Belle tomó el bolígrafo que ya tenía preparado, y lo apoyó en el papel—.

¿Dónde es?

—...

—Sí..., sí, sí, sé dónde está, naturalmente... Estaremos puntuales.

—¿...?

—Creo que dispondremos de siete u ocho coches.

—...

—Muy bien, hasta luego. No olvides el dinero, amor, el resto para mí, ¿eh? —rió.

—...

—Adiós.

Mimi la Belle colgó el auricular..., y se quedó mirando la pequeña radio que también tenía preparada allí en la mesita. Vaciló un instante..., sólo un instante. La verdad era que Jacques le resultaba muy simpático y amable, pero precisamente eso la obligaba, la ayudaba, mejor dicho, a tomar esa decisión: siempre sería menos peligroso molestarlo a él que a aquellos tres hombres...

Como temerosa, apretó el botoncito. Y, en efecto, enseguida oyó la voz:

—¿Qué hay?

—Soy... soy Mimi la... Quiero decir, Jeanne Dubois.

—Ah, hola, preciosa. ¿Cómo va la vida?

—Bien... Bien.

—Pues tú misma: ¿verdad que sería una idiotez perder una vida que va bien?

—Sí... Sí, sí... Yo... tengo la dirección... del sitio donde se va a dar la fiesta...

—Adelante: soy todo orejas.

—Es en el... 680, Boulevard de Riquier.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—No... No. He quedado con Jacques en que... iremos allá a las siete, yo y mis amigos, para la fiesta.

—Pues que os divirtáis. Y recuerda, muñeca: una sola palabra de esto nuestro a tu amigo Jacques, y te pondremos la cabeza debajo del brazo. ¿Te gustaría?

—No...

—Adiós, Jeanne. Vuelve a apretar el botoncito, y cuando salgas de tu apartamento, tira el aparato a una cloaca. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Adiós.

Mimi la Belle apretó el botoncito, y descolgó el auricular del teléfono.

* * *

Jacques llegó, procedente de la cabina de teléfono público, y se sentó junto a Charlotte, frente al volante.

—Y ahora —dijo alegremente—, vamos tú y yo de compras. Necesito otras ropas más adecuadas para asistir a una fiesta, ¿no te parece?

—Es una locura... ¡No podrá hacerse!

—Podrá hacerse —dijo Jacques, tajante—: garantizado.

—Jacques, tengo miedo... ¡Tengo un miedo horrible!

—Consuélate —sonrió él—: yo también. Pero hasta que llegue el momento de la verdad, tranquilos. Vamos de compras.

Fueron de compras. Para Charlotte Dubré, un vestido de noche, discretito, pero elegante, de buena calidad, además de ropa interior, medias, zapatos... Todo. Para el buen Jacques, un formidable *smoking*, que lo dejó convertido en un estupendo caballero de magnífica facha. Con todo esto, fueron a la pensión Marie, y, cada uno en su cuarto, se cambiaron. Cuando salieron a la calle, ante la atónita mirada de *madame* Marie, eran las siete menos veinte. En el coche de Charlotte, se trasladaron a la Avenue de la Victoire. Desde ahí, por Boulevard Dubouchagge, hasta Boulevard Carabacel, cruzaron el puente por Quai St. Jean-Baptiste, tomaron Rué Baria, y, al final de ésta, apareció, transversal, el Boulevard de Riquier.

Cinco minutos más tarde, entraban por entre las abiertas verjas, en la villa número 680 de dicho bulevar. Llegaron ante la casa, Jacques detuvo el coche, y miró sonriente a Charlotte.

—Vaya choza, ¿eh? A ver si es verdad que tu amiga nos está esperando con todo preparado.

Les abrieron la puerta antes de llegar a ella. En el vestíbulo había dos sirvientas y el mayordomo, un poco desconcertados. La puerta la había abierto la propia Katia Dubonnet, la amiga y condiscípula, hasta no hacía mucho, de Charlotte Dubré.

—El es Jacques... —murmuró Charlotte—. Te presento a Katia,

Jacques.

—Es todo un encanto... —Guiñó un ojo Jacques—. Lamento no disponer de más tiempo para decirle cosas bonitas, señorita Dubonnet. ¿Todo preparado?

—Sí...

—Pues hasta la vista. Recuérdelo: no deben volver a la casa hasta mañana al mediodía. ¿Seguro que sus padres no van a regresar de improviso de Palma de Mallorca?

—Sí, sí, seguro.

—Adiós y gracias por todo.

Katia Dubonnet, el mayordomo, y las dos criadas, salieron de la casa. Poco después, a las siete menos un minuto, abandonaban la villa, los cuatro en uno de los coches. Jacques miró su reloj.

—Tenemos por lo menos, un minuto. Vamos a ver a tu padre.

Subieron al piso destinado a dormitorios, y Charlotte llamó:

—Papá... ¡Soy yo, Charlotte!

La puerta de uno de los dormitorios se abrió y apareció el rostro de Maurice Dubré, desencajado... Jacques tuvo que admitir que Charlotte dibujaba estupendamente. El hombre salió al pasillo, llevando en la mano temblorosa una pistola. Charlotte corrió hacia él y se abrazaron..., mientras Jacques quitaba delicadamente la pistola de entre los rígidos dedos de Maurice Dubré.

Los empujó a los dos hacia el interior del dormitorio, y él fue hacia la ventana. Efectivamente, dos coches estaban entrando en la villa.

—Vaya puntualidad... Así me gusta a mí la gente —se volvió, sonriendo duramente—. Muy bien, voy a recibir a los invitados, princesa. Empieza a darle lecciones a tu padre. Pero —dejó el paquete sobre la cama— no toquéis nada de esto hasta que yo vuelva.

Salió del dormitorio, y bajó a la planta. En el vestíbulo había ya varios invitados, de entre los cuales destacó Mimi, acercándose a Jacques con los brazos abiertos.

—¡Querido amor..., aquí estamos! ¡Qué casa tan preciosa!

Jacques la abrazó, y la besó en la punta de la nariz.

—Tú sí que eres preciosa... Adelante, adelante, amigos: ¡como si estuviesen en su casa! Ven, encanto —rodeó la cintura de Mimi con un brazo—: vamos a llenarnos tú y yo la barriga de buen coñac.

Estaban llegando dos coches más, pero no les hizo el menor caso. Cinco minutos más tarde, los «invitados» hitaban al completo. Veintiocho personas, que, muy seriamente, fueron recibiendo de manos de Mimi mil francos cada una; sonrientes, con gran satisfacción finalmente, puesto que aquello no había sido una broma de Mimi, se dedicaron a lo suyo, esto es, a divertirse. Comenzó a sonar la música, las chicas iniciaron sus bailoteos, corrían las bebidas, desaparecían los canapés...

—Y éstos son tus veinte mil... —Le entregó Jacques un sobre a Mimi—. ¿Todo va bien?

—Oh, sí. Sí, Jacques, muy bien. Gracias. Pero...

—No hagas preguntas. ¿Qué prefieres: caviar o salmón?

—¡Caviar! ¡Me encanta el caviar!

—No se lo digas a nadie —se inclinó confidencialmente el buen Jacques—: a mí, también. ¡A por él!

A las ocho, el elegante, sobrio y correctísimo salón de la villa de los Dubonnet, parecía lo que suele llamarse una casa de locos. A las nueve, la locura ya estaba alcanzando grados de auténtica orgía. Algunas de las chicas tenían demasiado calor, así que se quitaron prendas grandes, mientras los caballeros se quitaban las corbatas y las chaquetas. Ciertamente, Mimi La Belle no tenía unas amistades selectas... Algunas parejas habían desaparecido escaleras arriba. Pero no tardaron en bajar, y reanudaron lánguidamente sus bailoteos. La música era ya como una perforadora en los oídos de Jacques cuando éste miró una vez más su reloj: las diez menos veinte.

Se volvió hacia Mimi, que yacía en el sofá, a su lado, mirándolo con ojos brillantes.

—Oye, encanto: ¿qué tal si tú y yo vamos también un rato arriba? —propuso el buen Jacques.

—Por fin... —suspiró ella—. ¡Llevo siglos esperando que lo pidas, querido!

—Pues ya han pasado esos siglos. Allá vamos.

Salieron del salón, emprendieron la subida por la blanca escalinata. Jacques, que iba detrás de Mimi, le dio una palmada detrás, y ella rió y se dejó caer, de modo que él tuvo que recogerla en brazos. De esta guisa, dándole ella besitos en el cuello, llegaron ante el único dormitorio cuya puerta estaba cerrada con llave. Con

la punta de un pie, Jacques golpeó dos veces, tres veces, una vez. La puerta se abrió inmediatamente, y el buen Jacques entró, con Mimi en brazos, colgada de su cuello, y dándole besitos en el cuello, cada vez más entusiasmada.

—¡Jacques! —exclamó Charlotte.

—¿Qué quieres, princesa? —se disculpó él—. En esta vida hay que pasar por tragos muy amargos... ¿Verdad, Mimi?

Ésta, sorprendida, había soltado el cuello de Jacques, y miraba a Maurice Dubré y a su hija alternativamente... Lanzó un grito cuando Jacques bajó los brazos, dejándola caer al suelo, donde rebotó duramente. Abrió la boca, para gritar mientras intentaba incorporarse..., pero un pie de Jacques se posó sobre su pecho, inmovilizándola.

—Mimi —dijo él—, eres una chica simpática, así que no quiero que te ocurra nada. ¿Sabes lo que tienes que hacer para evitarte contratiempos?

—¿Qué... qué debo...?

—Solamente obedecerme. Ahora, te vas a poner en pie, te vas a desnudar, y te pondrás otras ropas y una peluca. ¿Lo entiendes?

—No... No.

—Pues lo siento, pero no tengo ganas de explicártelo. Sólo piensa esto: si haces lo que te digo, mañana estarás disfrutando de tus veinte mil francos. Que no es poco. Esto sí lo entiendes, ¿eh?

—Sí, sí...

—Pues venga, encanto, a hacer *strip-tease*, que es lo tuyo. Ve dejando todas tus ropas sobre la cama. Usted, Dubré, ¿qué está esperando? ¡Desnúdese también!

—Sí, sí... Enseguida.

Para pasmo de Mimi, lo primero que se quitó aquel hombre de blancos cabellos fueron los zapatos... de mujer que había tenido puestos hasta entonces. Jacques se había vuelto hacia Charlotte.

—¿Cómo va? ¿Crees que lo conseguirá? —señaló a su padre.

—No sé... Hemos estado ensayando todo este tiempo. Creo que... que podrá hacerlo, sí...

—Esperémoslo. Al fin y al cabo, sólo tiene que caminar hasta el coche..., de momento. Señor Dubré, por favor, ¿quiere caminar un poco con los zapatos que le he traído?

Maurice Dubré, en paños menores, se puso de nuevo los zapatos

de mujer, y comenzó a caminar como le había estado enseñando su hija durante casi tres horas. Visto así, en calzoncillos y camiseta, hizo sonreír a Jacques, debido a su contoneo, a su delicadeza a cada paso.

—Ah, la vida... ¡Lo que se tiene que hacer a veces!, ¿no es cierto, *monsieur* Dubré?

—Esto... esto es ridículo.

—Es cierto —admitió Jacques—. Ya sé que los muertos no están ridículos, pero sí patéticos. ¿Qué prefiere usted? ¿Estar muerto o ridículo?

Maurice Dubré no contestó. Simplemente, procedió a ponerse las ropas que se había ido quitando Mimi La Belle, la cual, a su vez, se puso las que le indicó Jacques, retirándolas del paquete. En menos de cinco minutos, la transformación quedó terminada. Maurice Dubré, visto de lejos y en la oscuridad, podría parecer muy bien la mismísima Mimi La Belle, sobre todo cuando Jacques le puso la rubia peluca. Finalizada la operación, el caradura retrocedió unos pasos, miró a Dubré, y luego a Mimi; pareció complacido.

—¿Te das cuenta, princesa? Por eso estuvimos anoche de *cabaret* en *cabaret*; yo buscaba una chica de las medidas de tu padre. Y ésa fue Mimi. Dentro de unos minutos, saldremos de aquí tú y yo, con tu padre... Es decir, con Mimi, para los mirones lejanos. ¿Todo conforme?

—Pe... pero yo... yo no entiendo esto, Jacques —dijo Mimi.

—Esto sí lo entenderás... —aseguró él, tendiéndole una peluca de negros cabellos—. Te pones esta peluca, regresas a la fiesta, y dentro de diez minutos, propones que hay que hacer un viaje a Montecarlo, a arruinar al casino. Calma: yo pago —tiró a las manos de Mimi otro sobre—. Jugad con esto, y ojalá os hagáis millonarios. Luego, desde Montecarlo, tú te vas a Roma...

—¡A Roma! —exclamó Mimi, atónita.

—Es una hermosa ciudad. Allí podrás trabajar tanto como en Niza... Pero cambia el nombre, querida. Te instalas allí, aprendes el italiano, y pides el teléfono. Así estarás en la guía... ¿Con qué nombre?

—Pe... pero...

—¿Con qué nombre?

—No... no sé...

—Lo haremos mejor: dentro de tres meses, pones un anuncio en tres periódicos de Roma, los más importantes, claro: compro chatarra vieja... Y das tu número de teléfono. Alguien te visitará, y te regalará veinticinco mil dólares. ¿Está bien?

—Bueno... ¿Veinticinco mil... dólares?

—Eso he dicho.

—Creo... que me gustará Roma.

—Espléndido. La peluca, querido amor.

Mimi La Belle se la puso, sonrió ante el gesto de aprobación de Jacques, y encogió los hombros, al fin. No entendía nada de nada, excepto tres palabras: veinticinco mil dólares. Por ese dinero ella era capaz de...

—Afuera todos. Señor Dubré: no lo olvide: usted es ahora una lincha muchacha. Mimi: ve con tus amigos. Y... buena suerte.

Mimi La Belle fue la primera en bajar. Luego, lo hicieron Jacques y los Dubré. Es decir, aparentemente, Jacques Barteau, Mimi La Belle y Charlotte Dubré. Abajo, una pareja que estaban besándose en el vestíbulo, ni siquiera los miraron.

Y afuera, la noche, llena de hombres dispuestos a matar a Maurice Dubré..., y a quien se interpusiera en este proyecto.

CAPÍTULO IX

Uno de los policías, que había estado mirando con prismáticos desde dentro del coche hacia la iluminada villa, vio aparecer, a contraluz para él, a las dos mujeres y al hombre, y dirigirse hacia uno de los coches.

Inmediatamente, sacó una radio de bolsillo, y la accionó.

—¿Qué hay?

—*Monsieur* Vittorio: salen tres personas. Están entrando en uno de los coches.

—¿Qué tres personas?

—Un hombre alto y fuerte, y dos mujeres. Dos rubias, una de ellas más bien bajita, y la otra bastante alta y delgada...

—Entiendo. Sí, entiendo... Maldita sea, tienen que ser ese Jacques, la hija de Dubré, y la golfista del *Crick-Crack* Club, la tal Jeanne Dubois... ¿No sale nadie más?

—No, *monsieur*.

—Como sea..., le haya explicado a Jacques que la visitamos y todo lo demás, la voy a... O quizá sea un engaño. Quizá quiera alejarnos haciéndonos creer que van a buscar a Dubré a otro sitio y que todo esto de la fiesta es una tapadera... Colombier, sigan ahí usted y los demás: nosotros nos ocuparemos de seguir a esos tres. Ya saben lo que tienen que hacer.

—*Oui, monsieur*.

Y el policía Colombier cerró la radio.

* * *

Vittorio cerró la radio, la guardó, y quedó ceñudo, apenas visible

su rostro en la oscuridad del interior del formidable «Mercedes». Junto a él, dos hombres; otro al volante, y otro más en el asiento contiguo. Los cuatro lo estaban mirando expectantes.

—¿Qué estará tramando ese Jacques? —musitó Vittorio—. Se va... No lo entiendo. Con toda seguridad, Dubré está ahí, ha estado en esa casa desde que llegó a Niza. Y él quiere sacarlo junto con toda esa gente, para ir todos en masa a algún lugar desde donde esperan escapar... ¿Por dónde y cómo? Pero además, si es así..., ¿cómo se atreve a dejar solo entre esa gente a Dubré?

—Seguramente, tienes razón, y Dubré está en otro sitio, y van a buscarlo ahora. Vittorio —dijo uno de sus compañeros.

—Sí, puede ser... Pero a lo mejor, ahí está el engaño... Muy bien, dejaremos que los policías y los demás de los nuestros se ocupen de esa gente. Nosotros vamos a ver adónde va Jacques con las dos chicas. Atención, pasará por aquí muy pronto... ¡Ahí van!

Efectivamente, el coche de Charlotte Dubré, que ya conocían, pasó a moderada marcha muy cerca de ellos. Y Vittorio pudo distinguir perfectamente a Jacques y a Charlotte Dubré en el asiento delantero.

—Síguelos... Pero con precaución, Klowe. No quiero ni perderlos ni que se den cuenta. ¿Entendido?

—Seguro que sí. Les daré un buen margen.

—Como le ponga la mano encima a ese puerco... —masculó otro de los ocupantes del coche.

—Ten cuidado —rió otro—: ya no tienes más narices para romper, Rivet, y a lo peor, te rompería el cuello.

—De ése me encargo yo... —Rebosó odio Rivet—. ¿Te parece bien, Vittorio?

—Sí, hombre, sí... Pero a su debido tiempo... ¿Qué pasa, Klowe? ¿Por qué frenas?

—El coche... —dijo excitadamente Klowe—. ¡Está ahí, en el cruce de la Avenue des Diables Bleus!

Acabó de frenar. Luego, como los demás, se quedó mirando atónito el coche de Charlotte Dubré, efectivamente detenido muy cerca de ellos. Detenido y... vacío.

—Por todos los... ¡Afuera! —gritó Vittorio—. ¡No podemos permitir que se nos escapen!

Salieron precipitadamente los cinco, y corrieron hacia el otro

coche, que, en efecto, estaba vacío.

—Pe... pero... no han podido alejarse tanto de él —tartamudeó Klowe, que se las veía muy negras—. ¡No han podido alejarse de aquí lo suficiente, apenas nos llevaban unos segundos...!

—Quizá los esperaba otro coche, o...

—¡Pero si no han tenido tiempo de nada! —Casi gimió Klowe—. ¡No han podido esfumarse! Vittorio... ¿Qué haces?

Vittorio se había precipitado hacia una tapa de alcantarilla. Puso el pie encima, y apretó. Clonc-clonc, sonó la tapa... Lanzando una maldición, Vittorio se inclinó, metió dos dedos por el agujero de la chapa metálica, y tiró hacia arriba... Desde alguna parte de allá abajo, llegaba el resplandor de una debilísima luz, que muy pronto desapareció.

—¡Los muy...! ¡Todos abajo! ¡Y el último, que coloque la tapa de la alcantarilla!

—Pero no vamos a ver nada ahí abajo...

—¡Ve a buscar la linterna al coche!

Cuando Klowe regresó con la linterna, los demás ya estaban abajo. La encendió, la dejó caer en manos de Rivet, y descendió por los travesaños de hierro, arreglándoselas luego para colocar la tapa. La trampa se había cerrado.

—Hacia allí —señaló Vittorio con el haz de luz.

—Ese tipo está loco —masculló Rivet.

—¿Loco? Lo dudo... ¿No lo entiendes? Van a seguir por las cloacas hasta llegar a alguna salida; posiblemente, al mar, donde quizá algún amigo de ellos les está esperando con una lancha...

—Pues están listos; ¡lo tenemos todo copado!

—Toma —le tendió la linterna Vittorio—, llévala tú. Voy a llamar por la radio —la sacó y la accionó, preguntando—: ¿Eres tú, Rehaus?

—Sí... ¿Qué ocurre, Vittorio?

—Jacques, la hija de Dubré y Jeanne Dubois han salido de la casa, y se han metido en una alcantarilla, así que escucha bien: ellos deben ir en busca de alguna salida grande, posiblemente hacia el mar. Deben tenerlo todo preparado en alguna parte cerca del mar, de modo que tú y los demás, ocupaos de eso. Dejad a los policías con la gente de la fiesta, avisa al jefe, reuniros todos los que estéis ahí y distribuiros de modo que ocupéis todas las salidas grandes,

¿entendido?

—Pero eso... llevará tiempo. No conocemos los planos de las alcantarillas...

—¡Consíguelos, idiota! —bramó Vittorio—. ¡Y avisa a los de las lanchas, a los...! ¡A todos! Concentrad todos los hombres en las salidas de las cloacas...

—Vittorio, espera, cálmate. ¿Va Maurice Dubré con ellos?

—No. Pero, maldito seas, ¿no lo entiendes? Dubré debe estar esperándolos en alguna parte de las cloacas, lo recogerán, y se largarán si no estamos atentos a las cloacas. ¡Está loco ese maldito Jacques que el infierno se trague! ¡Avisa a todos nuestros hombres!

—Está bien, está bien, cálmate. Yo me encargo de eso.

—¡Y deprisa! ¡No estoy seguro de que podamos encontrarlos nosotros en este asqueroso lugar!

Cerró la radio, la guardó, y miró con más atención hacia delante, adonde llegaba el haz de la linterna...

* * *

—Veo... veo luz detrás nuestro... —jadeó Charlotte.

—Ya me doy cuenta —susurró Jacques, tirando de su mano—. No hables, princesa: sólo corre.

La linterna de Jacques, que parecía tenerlo previsto todo, era pequeña, pero suficiente... Suficiente para ver dónde ponían los pies, y unos cuantos metros de camino por delante. Las aguas se deslizaban entre sus pies, transportando todos los restos de la ciudad, ocasionando el inevitable olor a podrido y a húmedo. De cuando en cuando, aparecía una gran telaraña, que Maurice Dubré, sin empacho alguno, se llevaba por delante. Había perdido primero uno de los femeninos zapatos, y enseguida optó por desprenderse del otro, de modo que corría descalzo por las estrechas aceras y de cuando en cuando, por el centro de la asquerosa riada. Jadeaba aún más fuertemente que su hija, pero una cosa estaba bien clara: no sería él quien se quedase a esperar a sus perseguidores...

Llegaron a una triple bifurcación, y Maurice Dubré se detuvo en seco, volviéndose hacia Jacques, con los ojos desorbitados.

—La de la derecha —indicó Jacques, comprendiendo en el acto.

Justo cuando entraban por allí, la luz de la linterna que llegaba

tras ellos iluminaba la bifurcación, y se oían los chapoteos de varios pies en las pestilentes aguas.

—Toma la linterna y seguid adelante —dijo Jacques, colocándola en manos de Charlotte.

—¿Qué... qué?

—Seguid. Y esperadme cuando lleguéis al próximo cruce... de bellos caminos.

—Jacques, no... No, no, no...

—Ésta es la pistola que tenía tu padre —se la puso en la otra mano—: si quien sigue detrás de vosotros no soy yo, disparad.

—Jacques...

—¡Sigue te digo!

La empujó, y Maurice Dubré tomó de la mano a su hija, se hizo cargo de la linterna, y obligó a la muchacha a seguir tras él. Atrás, momentáneamente en la oscuridad, quedó el buen Jacques, que se subió una pernera del pantalón y retiró la pistola con silenciador que llevaba allí sujeta con un par de elásticos.

La linterna perseguidora estaba muy cerca. Y es: era todo lo que veía: un pequeño disco de luz intensa que se iba desvaneciendo hacia el exterior. La misma luz que le impedía ver lo que había tras ella.

Alzó la pistola y apretó el gatillo.

Plop.

A lo lejos, oyó el grito de dolor, la linterna saltó hacia el abovedado techo muy bajo, y enseguida, el chapoteo de un bulto de buenas dimensiones cayendo en la riada. Jacques barbotó una palabrota, porque había apuntado a la linterna, que había caído a un lado, y continuaba encendida, pero ahora apuntando hacia atrás. Sólo pudo ver dos pares de pies..., y varios fogonazos, al mismo tiempo que los «plop» llegaban nítidamente hasta él..., y varias balas se estrellaban en las paredes y otras pasaban por encima de su cabeza.

Se incorporó, dio la vuelta, y comenzó a correr, detrás de la luz de su propia linterna. Notó un golpecito en la pierna derecha. Solamente un golpecito..., pero, cosa rara, la pierna le falló, y cayó cuan largo era, de bruces, justo en medio del canal, donde chapoteó desesperadamente para ponerse en pie sin que la pistola se mojase... Empapado, con el cuerpo cubierto de suciedades,

consiguió volver a la vertical, y cojeando, con una bala metida en el muslo, corrió unos pocos pasos más.

Se volvió otra vez, vio la luz de la linterna, los fogonazos.

Plop, disparó él.

La luz se apagó al mismo tiempo que se oía el alarido de dolor.

«Felicidades, compadre», se dijo Jacques.

Y volvió a disparar, tres veces más, hacia la completa oscuridad. Oyó más gritos de dolor, caídas de cuerpos, chapoteos... Volvió la espalda a sus malparados perseguidores, sonriendo duramente en la oscuridad.

—Adiós, imbéciles —dijo.

Renqueando, pero siempre deprisa, siguió galería adelante, hasta divisar el resplandor. Esperó a acercarse más para advertir:

—Princesa, cuidado: soy el buen Jacques.

Se reunió con padre e hija, que estaban esperándole, aterrados, en otra bifurcación. No tenían la menor idea de dónde se hallaban en aquellos momentos, en qué parte de Niza. Jacques se hizo cargo de la linterna, apuntó hacia las paredes, y lanzó el haz de luz por la galería del centro. No hacían falta explicaciones. Apenas la hubieron enfocado los tres, Jacques apagó la linterna, y sonrió al oír el grito de Charlotte.

—Sigue recto, princesa: no necesitamos luz hasta dentro de unos minutos. Ya te bañarás mañana... Espera. Para. Paren los dos.

Los tres quedaron inmóviles, a oscuras. Por encima del rumor de la riada, oyeron los sonoros pasos de un hombre sobre el cemento. Un solo hombre, que debía estar completamente perdido allá abajo, sin luz alguna...

«Me he cargado a cuatro... —pensó Jacques—. O al menos, no pueden seguir. En cuanto a este que llega, Si se va por otra galería, tanto mejor».

Pero no. El que llegaba se introdujo precisamente por la galería donde estaban ellos. Se oían sus pasos, claros y precisos. El hombre no debía tener la menor sospecha, de que se estaba acercando tanto a sus perseguidos; al no ver luz, lógicamente, éstos debían estar bastante más adelante...

Pero estaban allí, a menos de cinco metros de él. Jacques ni siquiera respiraba. ¿Y si aquel hombre pasaba sin oírlos, por la acera libre, la de la...?

Estaba allí. Allí mismo, jadeando...

De pronto, resonó el agudo grito de Charlotte, y la exclamación, el fuerte respingo del hombre.

Jacques encendió la linterna, iluminando de lleno a Charlotte, sujeta por la mano de Vittorio, a la altura del pecho, mientras la derecha, con la pistola, se alzaba hacia la muchacha.

Plop, disparó Jacques.

La bala dio en la sien de Vittorio, lo arrancó de delante de Charlotte, y, girando en vertical, fue a estrellarse de bruces contra la pared, para rebotar y caer de espaldas al agua.

—Sigamos... —dijo Jacques; pero Charlotte estaba como petrificada, con las manos en el rostro; se acercó a ella, y le pasó un brazo por los hombros—. Vamos, hay que seguir adelante. Llegaremos muy pronto. Vaya delante, señor Dubré.

Le tendió la linterna, y Maurice Dubré se apresuró a reanudar la marcha, dejando a su hija en manos de Jacques. Buenas manos, según parecía...

—Jacques... —tartamudeó Charlotte—. ¿Qué te pasa? Caminas como si...

—Camino como si estuviera herido, ¿no es eso?

—Sí... Parece...

—Nada de parece: me han dado en una maldita pata de tonto que soy.

—Oh, Dios mío... ¡Te han herido!

—Lo cual es estupendo, princesa.

—¿Es... estu... estupendo...?

Si pensamos que podía estar muerto ahora... ¿Te molesta que me apoye un poco en ti? Aunque, francamente, no hueles ahora como una princesa... ¡Señor Dubré!

Maurice Dubré se detuvo, y se volvió, dejando completamente cegados a su hija y a Jacques, que soltó un gruñido:

Demonios, baje esa luz, hombre... ¿Quiere dejarnos ciegos?

—N... n... no... No, no... —tartamudeó Dubré—. Perdone...

—Traiga la linterna. A partir de ahora, yo guiaré el rebaño..., con la ayuda de su hija, naturalmente. Vaya detrás... Escucha, princesa, si te vas a poner a llorar ahora, nos sentamos todos y aquí y esperamos a que vengan las ratas a darse un banquete. ¿Está claro?

—Sí, sí... No... no lloro, Jacques.

—Eso es. Adelante.

Durante no menos de media hora, estuvieron recorriendo galerías y más galerías. Los Dubré, desde luego, se hallaban completamente perdidos, pero Jacques caminaba, pese a su herida, con una decisión desconcertante: parecía saber muy bien adónde se dirigía. De cuando en cuando, especialmente en las bifurcaciones, iluminaba las paredes, murmuraba algo, y sin el menor titubeo tomaba determinada dirección.

Finalmente, transcurrida esa media hora de penosísima marcha, y cuando se hallaban en galerías mucho más estrechas y sucias, Jacques se detuvo, dejando fija en la pared la circunferencia de luz.

—Bueno —suspiró—: ¡hemos llegado!

—¿Hemos llegado... adónde...? —preguntó Maurice Dubré.

—A casa. Sostenga la linterna y alumbre hacia arriba.

—¿Hacia...?

Dubré se dio cuenta entonces de que, precisamente junto a Jacques había uno de los tramos de peldaños de barra de hierro, que ascendían. Y arriba, un pequeño agujero por el que se veía una debilísima luz.

Obedeció la indicación de Jacques, mientras se las arreglaba perfectamente peldaños arriba. En lo alto, se encogió, bajó la cabeza, y apoyando la nuca y los hombros en la pesada plancha metálica, empujó. Consiguió desplazar la tapa, salió y se volvió hacia abajo.

—Vamos, salgan. ¡Y apague ya esa luz, hombre!

Los Dubré salieron por fin de las cloacas, y se quedaron mirando desconcertados a su alrededor. Ni más ni menos que estaban en el centro de la calzada de una corta, estrecha y tranquila calle que, naturalmente, sólo podía ser de Niza. No se veía a nadie, y en las casas de los lados, habían muy pocas ventanas iluminadas.

—Pe... pero... pero...

—Vengan, y no se preocupen —dijo Jacques, después de colocar la tapa en su sitio.

Se apoyó de nuevo en Charlotte, y dirigió la marcha hacia una de las casitas de una sola planta, que estaban completamente a oscuras. Cruzaron el diminuto jardín, llegaron ante la puerta, y Jacques, acercándose, dijo:

—A las vacas les gusta el pasto verde y tierno..., y los toros, digo yo.

Para pasmo de los Dubré, la puerta se abrió. Entraron los tres, a oscuras, pero, apenas se hubo cerrado la puerta tras ellos, se encendió la luz, y vieron a dos hombres en mangas de camisa, con funda axilar a la izquierda..., y la pistola en la mano.

—Hola, J. B. —dijo Uno de ellos.

El otro dijo:

—Hueles que da asco. Pasad.

—Ojalá te envíen tus próximas vacaciones a unas cloacas —replicó adustamente Jacques.

Pero siguió adelante, precedido por el que había dicho que olía que daba asco. Fue éste quien encendió la luz de lo que resultó ser un saloncito muy coquetón y confortable... Y en el cual había cuatro hombres más, sentados. Sobre una mesita se veía una máquina de escribir; al lado, un gran magnetófono, papeles, una cámara fotográfica con *flash*... Los seis hombres miraban a Maurice Dubré con una sonrisita divertida.

—¿Cómo está, señor Dubré? —saludó el mayor de ellos, poniéndose en pie—. A su hija ya la conocemos.

—Yo... yo les conozco a ustedes —tartamudeó Charlotte, mirando a Jacques, aterrada, pues tres de aquellos hombres eran los que habían querido «cazarlo» en el café La Fleur dos días antes.

—Tendremos tiempo de conocernos aún mejor, señorita Dubré. Por el momento, sepan que están a salvo...

—¡A salvo! —exclamó Dubré—. Seguimos en Niza, ¿no es así? Y ya me dirán ustedes cuál es la diferencia entre estar en una villa o en una casita. Seguirán buscándome hasta...

—No, no, no, señor Dubré —cortó amablemente el hombre de más edad—: ya no le buscarán. En estos momentos los deben estar esperando por todas las salidas de las cloacas de Niza y, ciertamente, en una de esas salidas encontrarán huellas que los convencerán de que ustedes tres han conseguido salir... También llegarán a la conclusión de que los estaba esperando un coche, y de que... En fin, señor Dubré: a usted lo van a estar buscando por toda Francia..., menos en Niza. Dentro de una semana, podremos llevárnoslo con toda tranquilidad, ya lo verá. Pero, hasta entonces, creo que deberíamos aprovechar el tiempo. No esta noche, si está

cansado o nervioso, pero sí mañana. Ya ve que tenemos todo lo necesario para escuchar su... conferencia, grabarla, pasarla luego a máquina, obtener copias, y enviarlas inmediatamente a los lugares adecuados de Europa y Estados Unidos. Va a ser una labor... excepcional. A menos —lo miró fijamente—, que usted se eche atrás en su oferta.

—Pe... pero... ¿quiénes son ustedes?

—Pero, hombre —masculló Jacques—: ¿aún no ha comprendido que está usted en manos del FBI?

—¿El... el...? ¡Pero Charlotte me dijo que se habían ido de Niza, que...!

—Puro teatro —sonrió el hombre de más edad—. Mire, señor Dubré, nosotros no podíamos buscarnos líos con la policía francesa, ni con ninguna otra, y, como desde el principio nos dimos cuenta de la situación exacta del caso, planeamos su... rescate de un modo... poco vistoso, pero eficaz. Todo ha estado previsto en todo momento. Absolutamente todo. Resultado final: cuando usted salga hacia Estados Unidos más tranquilo que un turista, el FBI prácticamente, estará terminando ya con toda esa organización..., gracias a sus informes. ¿Empezamos hoy o mañana?

—Bu... bueno, yo... Pe... pero... ¿quién es ese hombre? —señaló a Jacques.

—Es J. B.

—¿J. B? ¿Y eso qué quiere decir?

—James Barton, agente especial del FBI, señor Dubré.

—Servidor de ustedes... —masculló el buen Jacques—. ¡Ay, mi madre, que cada vez me duele más esta pata...!

—El médico llegará dentro de pocos minutos —dijo el hombre del FBI.

Charlotte consiguió salir de su estupefacción, de su incredulidad, y pudo parpadear, reaccionar..., dando un delicioso gritito que rompió los corazones de los

G-men

reunidos en la casita.

—¡Jacques...! Jacques, apóyate en mí. Te... te ayudaré a...

—Gracias, princesa. ¿Qué haría yo sin ti?

En lugar de apoyarse en ella la abrazó, y la besó en la boca. Maurice Dubré se quedó mirándolos como si estuviese viendo una

docena de mariposas transportando sendas ballenas. Miró a su hija y a Jacques, a los

G-men

, abrió y cerró la boca... Pero la cerró de golpe al ver que los seis agentes del FBI lo miraban con el ceño fruncido y el gesto poco amistoso.

—¿Tiene algo que oponer? —preguntó uno de ellos, señalando a Jacques y a Charlotte, que seguían besándose—. Reconocemos que J. B. es un caradura, pero... Vaya, señor Dubré: ¿tiene usted algo que oponer?

—Pues... no. No, no.

—Estupendo —dijo el de más edad—. ¿Empezamos hoy o mañana temprano?

—Empezaremos hoy... —Pareció reanimarse de pronto—. Ahora mismo, señores.

—Así me gusta... —Miró a Charlotte y a Jacques, que continuaban besándose, y luego dijo a uno de los—

G-men

: Oye, Conan, llévate a estos dos de aquí.

—Desde luego —masculló Conan, mientras empujaba a Jacques y a Charlotte, que seguían besándose—, es el tío con la cara más dura que he conocido en mi vida... ¡Venir a besarse aquí con una princesa mientras los demás tenemos un montón de trabajo!

ESTE ES EL FINAL

Efectivamente sin el menor tropiezo ni el más pequeño motivo de preocupación, los Dubré llegaron a Washington, en avión, nueve días más tarde. Quizá influyera en esa tranquilidad el hecho de que, tanto en Europa como en Estados Unidos, el FBI a solas aquí, y con la colaboración de las policías honradas allá, había conseguido una auténtica escabechina con lo que, alguna vez, había sido una organización dedicada al tráfico y manipulación de estupefacientes en gran escala. Según los periódicos del continente europeo, allá «no había quedado piedra sobre piedra»...

Llegaron los Dubré acompañados de tres agentes del FBI, y enseguida éstos se las arreglaron para evitar el paso por Aduanas, y demás servicios oficiales. Fueron llevados a un coche, en el que sólo entró uno de los

G-men

, mientras los otros dos iban a otro.

En aquel coche, había otro agente del FBI, al volante, y sentado en el asiento de atrás, con la pierna derecha más tiesa que un ciprés, el buen Jacques, que lanzó una exclamación de espanto:

—¡Cuidado con mi pata, demonios!

—¡Jacques! —Se iluminaron los ojos de Charlotte—. ¡Has venido a esperarme...!

—Llevaba cinco días sin verte... ¡Demasiados! Hola, señor Dubré, ¿qué tal?

—Bien... —musitó el viejo—. Bien, creo. Ahora... viene lo peor.

—Tranquilo. Tiene usted un aliado que le va a ayudar más de lo que se piensa: el FBI. Además, es humano conceder una oportunidad a quien quiere regenerarse, ¿no está de acuerdo?

—Yo sí... —sonrió tristemente Maurice Dubré—. Pero ¿lo

estarán quienes me juzguen? ¿Lo estarán todos los hombres que, como usted, arriesgan sus vidas para evitar que se hagan cosas... como las que yo estaba haciendo? Sus vidas...

—Siempre estamos muriendo, señor Dubré... —susurró el caradura—. Por eso, más vale no temerle a la muerte, y tomarse las cosas por el lado bueno siempre que sea posible. Vivamos mucho o vivamos poco, siempre estamos muriendo, precisamente porque estamos vivos. No sé si me entiende.

—Creo que sí le entiendo —casi sonrió Dubré.

—Estupendo. En tal caso..., ¿verdad que no le importa que me dedique a morirme un poco con su hija? Con permiso...

La pregunta es: ¿desde cuándo necesitan permiso los caraduras?

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...